CUADERNOS
historia 16

La URSS de Lenin a Stalin

Elena Hernández Sandoica



124

175 ptas



Lenin con un grupo de seguidores durante la celebración del 1 de mayo, 1919

Indice

LA URSS DE LENIN A STALIN

Por Elena Hernández Sandoica
Historiadora. Profesora de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

La URSS de Lenin a Stalin

Por Elena Hernández Sandoica
Historiadora. Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

El presente Cuaderno continúa el estudio de la Revolución Rusa y sus consecuencias, iniciado en el Cuaderno número 15 de esta colección. El lector tiene en sus manos una perspectiva global de los problemas planteados en la construcción del que sus contemporáneos entendieron como el primer Estado socialista de la historia. La sociedad, que había experimentado un rápido desarrollo relativo bajo el sistema económico y social impuesto por el zarismo, ve arrasado ese sistema por una revolución eminentemente popular, tras la cual habrá de proseguir por el mismo camino de la industrialización acelerada.

Por su contenido fuertemente subversivo del orden social y económico existente, la Revolución de Octubre abrió la puerta a reivindicaciones y aspiraciones de las masas que destruyeron las formas anteriores de la civilización industrial en Rusia. Las guerras mundial y civil (1914-1921), con sus inmensos destrozos económicos, sociales y culturales, impidieron que el país recobrara las riendas del desarrollo hasta 1927.

El período que transcurre entre el final de la guerra civil y la sublevación de Kronstadt y el triunfo de Stalin en la lucha por la sucesión de Lenin constituye la época de la consolidación del Estado soviético, de la frustración de numerosas expectativas revolucionarias y de la aparición de un modelo político, el estalinismo, destinado a dejar una honda huella en la historia de nuestro siglo.

Después de tres años de guerra y carestía, de escasez y tensiones, las masas esperaban ver cumplidas las promesas de 1917. La denominada *oposición obrera*, con la consigna de *democracia productiva*, trató de conseguir la participación de los sindicatos en la dirección del proceso económico, así como mayor libertad en las discusiones y una cierta autonomía del proletariado.

Otro grupo en la oposición, los *demócrata-centristas*, lucharon durante un tiempo contra el predominio de los comités ejecutivos centrales sobre los soviets locales, exigiendo el restablecimiento de los derechos conseguidos a través de la Constitución (julio de 1918) y conculcados en la práctica por la guerra civil.

Mediado el mes de febrero de 1921, cuando Lenin y Trotski se hallaban enfrentados en cuestiones importantes de la reorganización económica, aunque juntos afrontaban la oposición; la ciudad de Petrogrado era un hervidero.

La organización del partido bolchevique, debilitada por las polémicas sobre el papel de los sindicatos, perdió el control de las fábricas. Los trabajadores se quejaban reiteradamente de la disminución de las raciones alimenticias y del cierre de fábricas, exigiendo en ocasiones la liberalización del comercio para mejorar el abastecimiento urbano.

A partir del día 23 comenzaron las huelgas; persistieron hasta el 28, aunque el estado de sitio quedó decretado desde el día 24; hasta la Putilov volvió a la huelga. Pronto las reivindicaciones se tornaron políticamente: mencheviques, socialrevolucionarios y anarquistas trataron de aprovechar la ocasión lo mejor que supieron, pidiendo una democratización progresiva del régimen.

Es necesario un cambio total en la política del Gobierno —podía leerse en un manifiesto hecho público el 27—. *En primer lugar necesitan los obreros y campesinos libertad. No quieren vivir según los decretos bolcheviques, sino decidir por sí mismos su destino. Exigid firmes y organizadamente: liberación de todos los detenidos obreros socialistas e independientes; levantamiento*





Ilustración de la portada de la revista Rosta *donde se lee:* El ejército y la marina rojos defienden las fronteras de Rusia, *1920* (arriba, izquierda). El bolquevique *(detalle de un óleo de Boris Kustodiev,* arriba, derecha). La muerte del comisario, *1928 (cuadro de Kuzna Petrov-Vodkin,* abajo)

de la ley marcial; libertad de expresión, prensa y reunión para todos los trabajadores; nuevas elecciones libres de los consejos de fábricas, sindicatos y soviets.

Bajo amenazas y ciertas concesiones materiales, el Gobierno logró poner fin a la insurrección en Petrogrado, pero para entonces Kronstadt, a las puertas de la vieja capital, se había contagiado. La tradición bolchevique en el puerto de Kronstadt venía avalada por su acreditado espíritu revolucionario. Mas también arraigaron allí, ya desde 1917, las consignas socialrevolucionarias y anarquistas. Los nuevos reclutas ucranianos, llegados en el otoño del año 20, reformaron estas dos últimas tendencias, y no la primera.

Traían consigo el amplio descontento de su tierra natal hacia la intervención del Gobierno en el campo. Llevados por la efervescencia revolucionaria de Petersburgo en aquellos días de febrero, los marinos, por última vez, volvieron a protagonizar un episodio, esta vez dramático, de la historia rusa.

El día 28 los marinos del *Petropavlovsk* redactaron una resolución en la que, entre otras cosas, se pedía elecciones libres para el soviet de Kronstadt. Se les unió la tripulación de otros barcos, y el 1 de marzo había más de 10.000 marinos, soldados y trabajadores manifestándose.

El programa de peticiones al Gobierno soviético era terminante y no dejaba lugar a equívocos: *En vista de los hechos y de que los actuales soviets no reflejan la voluntad de los obreros y campesinos, deben ser votados en seguida de nuevo con previa propaganda libre. Libertad de expresión y prensa para los obreros, campesinos, anarquistas y socialrevolucionarios de izquierdas, libertad de reunión para los sindicatos y asociaciones campesinas, liberación de todos los prisioneros de los partidos socialistas y de los obreros, campesinos, soldados y marineros detenidos a raíz de sus movimientos. Supresión de todas las secciones políticas de la Armada, ya que ningún partido aislado debe tener derechos especiales para propagar sus ideas. Igualdad de todas las raciones de los trabajadores. Libre derecho de usufructo de los campesinos sobre su tierra y el derecho a conservar el ganado mientras no se ocupen en un trabajo asalariado.*

Lo que hasta aquí se extendía como movimiento espontáneo apareció organizado un día más tarde, el 2 de marzo. Un congreso, con trescientos delegados, aproximadamente, eligió un comité revolucionario provisional y decidió tres detenciones importantes: el presidente del soviet bolchevique (Vasilev), el comisario de la Marina (Kuzmin) y el comisario de los acorazados (Korsunin).

Por medios pacíficos, que buscaban ante todo persuadir a los bolcheviques, se decidió la convocatoria de nuevas elecciones. Pero junto a estos viejos revolucionarios, ahora descontentos, se alinearon también sin vacilar los viejos oficiales zaristas. En la desfigurada historia de la represión que siguió a las alteraciones, este hecho —justificatorio para el vencedor— resultó destacado sobre cualquier otro elemento.

La radio y la prensa oficiales trataron de atajar la perniciosa influencia del movimiento, calificado por el soviet de Petrogrado, el 4 de marzo, como *crimen contrarrevolucionario*. Un día más tarde envió Trotski su *ultimátum* a la plaza fuerte, pidiendo la rendición incondicional de los sublevados, quienes, por su parte, se abstuvieron de cualquier ofensiva militar y rechazaron ayudas exteriores.

Confiando en persuadir al régimen tras conseguir un levantamiento espontáneo y masivo de las masas, los insurrectos evitaron el derramamiento de sangre y esperaron a que se extendieran los desórdenes campesinos de Tambov, o resurgieran las recientes huelgas de Petrogrado.

Diez días duró el sitio gubernamental, con el rendimiento final de la plaza. Sometidos el 17 de marzo, los defensores más significativos fueron fusilados allí mismo, cientos sufrieron prisión y varios miles de complicados en el asunto lograron escapar a la vecina Francia.

La llamada a las masas hacia una *tercera revolución* respondía al sentimiento de profundo descontento y desilusión de aquéllas, que los hombres de Kronstadt pretendieron recoger. Contra los propios bolcheviques se recurría a la consigna *Todo el poder para los soviets*. Pero con soviets renovados, elegidos de nuevo.

En *Izvestia* podía leerse: *El Poder soviético tiene que ser la expresión de la voluntad de las masas trabajadoras, sin la soberanía de cualquier partido político*. La principal función de la prensa consistió en hacer frente a la propaganda bolchevique: *Las noticias bolcheviques de que el levantamiento*

era antisoviético son falsas. Y se recordaba: *No puede seguir existiendo la soberanía de un partido. Nuestros soviets no deben expresar por más tiempo la voluntad del partido, sino la voluntad de los electores.*

Tampoco era verdad, según *Izvestia*, que los sublevados exigieran la libertad de acción para antiguos capitalistas, propietarios y oficiales. *Para qué luchamos*, publicado el día 8, trataba de recoger la historia desde el principio.

Por medio de la Revolución de Octubre —escribía el editorialista— *había esperado la clase obrera conseguir su liberación. Pero como resultado, apareció una esclavitud aún mayor de la persona humana. El poder de la policía y de la guardia real cayó en manos de usurpadores, de los comunistas que, en lugar de dar libertad a los trabajadores, implantaron el temor constante a la Tcheka.*

Pero lo peor y más criminal —proseguía— *era la esclavitud espiritual: los comunistas pusieron sus manos sobre el alma de los obreros y forzaron a cada uno para que pensaran según sus órdenes. La misma muerte es más fácil que la vida bajo la dictadura comunista: ¡No hay caminos intermedios! ¡Vencer o morir!*

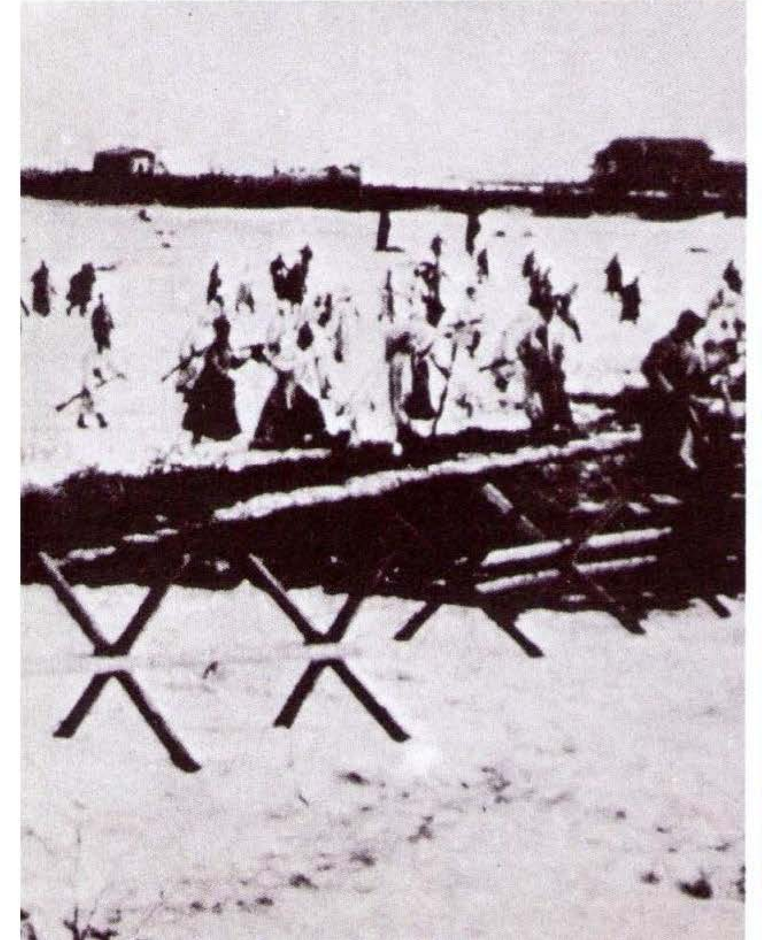
De esto es un ejemplo la roja Kronstadt. Aquí se tomó el camino del levantamiento para librarse de la tiranía y opresión de tres años por la autocracia comunista, que eclipsó trescientos años de yugo monárquico. Aquí, en Kronstadt, se puso la piedra angular para la tercera revolución, que liberaría a la construcción socialista.

Para los revolucionarios de la ciudad portuaria, el reino de la igualdad social que Lenin prometiera en *El Estado y la revolución*, la eliminación de la burocracia prevista por los primeros decretos del Gobierno soviético, la soberanía de las masas representadas en los soviets..., todo esto había sido reducido a la nada por los tres duros años de la dictadura bolchevique.

Los soviets de aquel momento, en consecuencia, representaban la revolución traicionada; pero todavía unas nuevas elecciones, libres, podrían dejar paso a la construcción del verdadero socialismo. Casi irracional, volvía la idea de los consejos con fuerza renovada y regeneradora.

Sin embargo, apenas quedaba ya en Rusia un movimiento político organizado capaz de ampliar el eco de estas proclamas: Sólo determinados círculos anarquistas de las grandes ciudades, Moscú y Petrogrado,

Tropas bolcheviques avanzan contra la base rebelde de Kronstadt, marzo de 1921 (izquierda). *Lenin con un grupo de delegados al X Congreso del Partido que participó en el asalto a Kronstadt* (derecha)







Mapa administrativo de la URSS en 1922. La guerra civil permitió federar a la República rusa varias repúblicas que en un principio se habían disgregado del antiguo imperio. A la vez determinadas nacionalidades obtuvieron autonomía administrativa

hicieron una angustiosa llamada para socorrer a los insurrectos en el golfo de Finlandia.

La oposición menchevique se limitaba a hacer públicas manifestaciones de simpatía, solicitando una solución pacífica para el conflicto, mientras el asunto restablecía entre los bolcheviques la unidad disciplinaria, para entonces resquebrajada. El X Pleno del partido, abierto el 8 de marzo, condenó el movimiento y esbozó sus primeros pasos en dirección a la *Nueva Política Económica* (NEP), como manera de reducir el descontento de las masas.

En lugar de *Todo para la guerra*, una nueva consigna: *Todo para la producción*, inspiró los principios económicos de la reconstrucción. El 24 de marzo de 1921 quedaba restablecida la libertad de comercio interior. Poco después, *Krásnaia* publicaba líneas recordadas luego muchas veces: *No tenemos miedo de nuestros errores. Hay que anteponer las crueles verdades a las lisonjeras mentiras. Somos estúpidos y débiles: hemos tomado el hábito de decir que el socialismo es un bien y que el capitalismo es un mal. Pero el capitalismo es un mal solamente en relación con el socialismo; en relación con la Edad Media, de la que todavía no ha salido Rusia, el capitalismo es un bien.*

El Gobierno actuaría con rapidez en otros aspectos. Bien es verdad que introdujo una campaña *vitalizadora* de los soviets, pero lo más evidente fue, por cierto, la rápida eliminación de la oposición. Muchos de sus miembros fueron detenidos, hubo retractaciones públicas y algunos hubieron de exiliarse o padecer severos procesos.

Quizá, en otros momentos, la represión bolchevique por este motivo no hubiera sido tan dura. Quizá de no haber mediado una situación internacional muy especial los bolcheviques se hubieran inclinado por la captación más o menos contundente o por métodos menos sangrientos. Pero Kronstadt permitía hacer pensar a las potencias extranjeras que el poder moscovita era débil.

A finales de 1920 y principios de 1921, el partido se había lanzado a una política de acercamiento a los países capitalistas a fin de revitalizar con capital exterior la agotada industria rusa. Para conseguir esta colaboración resulta imprescindible que el nuevo Estado ruso se mostrase solvente y garante

de los rendimientos, fuerte y capaz de poner a las masas bajo su control.

De manera muy significativa, los insurrectos fueron acusados por los bolcheviques de sabotear los acuerdos internacionales en curso de negociación. Y la misma necesidad de mostrarse compactos y prepotentes de cara al extranjero llevó a la eliminación de la oposición: *No eran aquéllos momentos para discutir*, entendería Lenin.

Desde aquel año de 1921 no iba a quedar en Rusia una oposición política organizada en contra del régimen bolchevique. Las discrepancias en torno al poder se desarrollarían a partir de aquí siempre dentro de la dirección del propio Partido Comunista.

El Partido Comunista, partido único

Alexandr Berkman, descorazonado, escribió al año siguiente: *Kronstadt hizo volar en pedazos el mito del Estado proletario. Demostró que la dictadura del Partido Comunista y la Revolución eran incompatibles.* El partido, sin embargo, estaba identificando su propia dictadura con la ineludible dictadura del proletariado, y caminaba a pasos agigantados hacia su conversión en partido único.

El partido kadete había sido disuelto desde muy pronto; sus dirigentes fueron encarcelados o perseguidos y su prensa prohibida, a pesar de lo cual algunos periódicos se publicaron todavía en Moscú durante el verano de 1918. Para el resto de los partidos, la situación revistió, lógicamente, mayor complejidad.

Los socialistas revolucionarios de izquierda, unidos a los bolcheviques en las tareas de gobierno hasta abril de 1918, dimitieron como signo de protesta por la firma del tratado de Brest-Litovsk. Dejaron entonces de ser comisarios del pueblo, pero no miembros de Comité Central, en el que permanecieron hasta julio siguiente, cuando participaron en la intentona militar contra el bolchevismo.

Desde el 14 de junio anterior, los mencheviques habían sido desalojados del Comité Central ejecutivo de los soviets, pero ninguno de estos dos partidos (mencheviques y socialrevolucionarios de izquierda) fueron disueltos, ni su prensa proscrita. En octubre de aquel mismo año 18, los mencheviques expresaron públicamente, en Petrogrado, su creencia en el hecho de que la Revolución de Octubre había sido históricamente necesaria, condenaron la intervención extranjera y pidieron el fin inmediato del *terror económico y político*. Una fracción de los socialistas revolucionarios de izquierdas adoptó una actitud semejante.

En noviembre siguiente, el Comité Central decidía la reintegración de los mencheviques, con la sola exclusión de aquellos grupos que apoyaban a los blancos y a los extranjeros intervencionistas. Por su parte, los socialistas revolucionarios de izquierdas hubieron de aguardar hasta febrero de 1919 para ver adoptada una resolución similar en su favor.

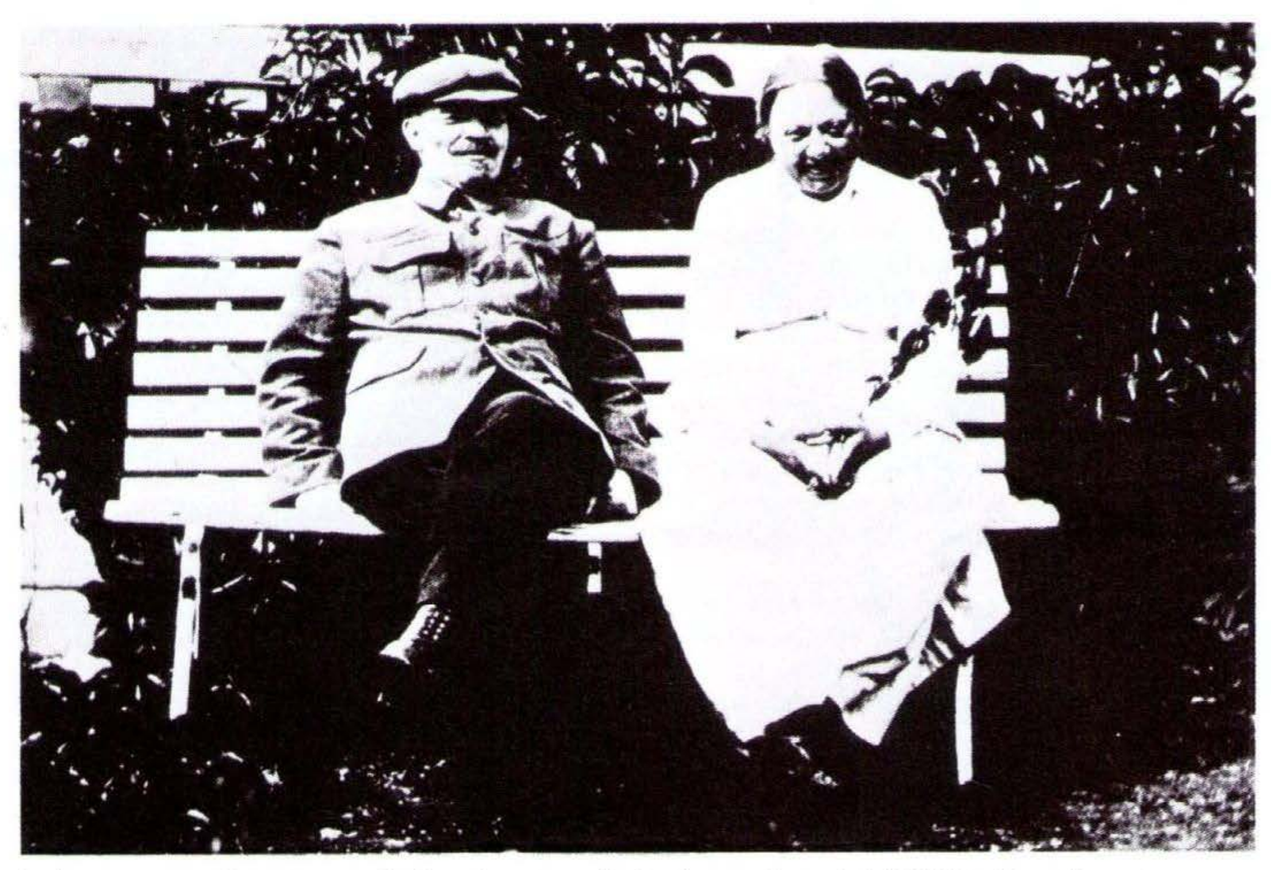
A lo largo del año 1920 todavía había en Moscú una sede del partido menchevique que convocaba mítines, y cuyos miembros (entre otros Dan y Martov) eran parte de los soviets. De hecho, hasta después de lo sucedido en Kronstadt, no quedaron prohibidas las actividades de estos dos partidos cercanos.

Poco a poco la policía política (Vetcheca) se consolidó: las sentencias pronunciadas en 1921 lo fueron en ausencia de los acuerdos, se controló la prensa, los libros, los desplazamientos de unos y de otros, los establecimientos públicos y quienes los frecuentaban... La organización policial vio aumentar sus poderes y, fundamentalmente, sus efectivos humanos. Incluso los propios bolcheviques, algunos de ellos, comenzaron a preocuparse por unas dimensiones ya entonces alarmantes.

A finales de diciembre de 1921, Lenin reconoció la necesidad del terror anterior y propuso reducirlo ahora a la esfera *puramente política*. Tratando de conseguir con urgencia *una mayor legalidad revolucionaria*, el 8 de febrero de 1922 quedaba disuelta la Tcheka, y sus poderes transferidos al Comisariado del Pueblo para el Interior, del que nacería la GPU, o administración política del Estado.

Pocos meses más tarde, en junio, se abría en Moscú el proceso ejemplar a los socialrevolucionarios de izquierda. Desde entonces, el partido bolchevique se halló en posesión del monopolio político: el XII Congreso del Partido declaró, en consecuencia, en 1923, que *la dictadura del proletariado sólo puede afianzarse bajo la forma de la dictadura de su vanguardia dirigente, es decir, del Partido Comunista*.

El partido se había convertido en el centro del Estado, con el resto de las institucio-



Lenin y su esposa Krupskaya en Gorki, en las etapas finales de su enfermedad, 1922 (foto Novosti)

nes subordinadas a él y la consiguiente disminución de influencia por parte de los soviets, ya evidente desde el propio octubre del año 17, pero ahora más palpable.

Los soviets no serían ya clubs de discusión, sino meros órganos de administración. Sin embargo, según la Constitución (que quedaría en vigor hasta el año 36), la *República Socialista Federativa Soviética de Rusia* seguía conservando a los soviets, en los diferentes niveles, como órganos esenciales del Estado, *un nuevo tipo de Estado*, a imitación de la Comuna de París.

El poder supremo pertenecía, teóricamente, al Congreso Panruso de los Soviets, y si no se hallaba reunido, al Comité Central Ejecutivo, compuesto por cien miembros elegidos por el Congreso. Puesto que era una organización parlamentaria, la ejecución formal correspondía, de hecho, al Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), nombrado a su vez por el Comité Central Ejecutivo (VTSIK).

A la altura de 1922, el partido había sufrido una evolución compleja. Hasta el año anterior, sus efectivos habían aumentado con rapidez, pero en marzo de 1921, en el X Congreso, se decidió llevar a cabo una depuración. Sus miembros ascendían entonces a 730.000, pero para enero siguiente (1922) se habían reducido a 515.000 afiliados.

En aquellos momentos, los viejos bolcheviques, los que participaron en febrero del año 17, no representaban más del 2 ó 3 por 100 del total, lo que repercutiría en la formación teórica del conjunto.

A principios de 1923, siempre según datos de J. Elleinstein, el 90 por 100 de los efectivos tenía menos de cuarenta años, más de la mitad menos de treinta y casi todos eran hombres (sólo aparece un 7 por 100 de mujeres). Profesionalmente, un 45 por 100 eran obreros, un 26 por 100 campesinos y un 29 por 100 empleados e intelectuales.

La dirección se hallaba reservada a una minoría. Para ser elegido miembro del Comité Central había que ser miembro del partido antes de la revolución de febrero, y ello sólo afectaba a unas 10.000 personas (un 2 por 100 aproximadamente). Para ser elegido secretario de célula se precisaba haber participado en la guerra civil, y para secretario regional, pertenecer al partido antes de la Revolución de Octubre.

El partido también controlaba las elecciones sindicales. Los sindicatos se encarga-

ban de proporcionar a las brigadas de choque el personal administrativo que, sujeto a férrea disciplina, era nombrado desde arriba.

Las libertades formales

La Constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia (RSFSR), aprobada el 10 de julio de 1918, preveía en su artículo 9 como *problema esencial (...) de la transición actual* el de la *instauración de la dictadura del proletariado urbano y rural (...) con objeto de aplastar a la burguesía, de anular la explotación del hombre por el hombre y de hacer triunfar el socialismo*.

La Constitución no recogía, en buena lógica, el sufragio universal. Por su artículo 65 quedaban excluidos del mismo:

a) *los que perciban rentas del trabajo ajeno;*
b) *los que viven sin trabajar (rentistas, industriales, terratenientes, etc.), comerciantes y comisionistas;*
d) *monjes y sacerdotes de los diferentes cultos;*
e) *agentes y empleados de la antigua policía, del cuerpo de gendarmes y de la OVRANA (policía política), así como los miembros de la dinastía ex reinante en Rusia;*
f) *las personas incapacitadas a causa de debilidad mental o locura y las personas bajo tutela;*
g) *las personas condenadas por sentencia regular como reos de delitos infamantes o cometidos por lucro. Esta incapacidad durará lo que la condena.*

Respecto a las modalidades de sufragio, la Constitución privilegiaba al proletariado urbano en detrimento del campesinado. De este modo, el Congreso Panruso de los Soviets quedaba compuesto por un representante por cada 25.000 habitantes en los soviets urbanos; en los rurales, esta proporción se elevaba a 1 por 125.000.

La libertad de expresión, de prensa y de reunión, y el derecho a la educación, aparecían recogidos igualmente con excepciones. Los trabajadores contarían en principio con medios y ayuda oficial para el cumplimiento de dichas libertades. Según el artículo 13, la Iglesia quedaba separada del Estado y la escuela de la Iglesia, reconociéndose *a todos los ciudadanos la libertad de propaganda religiosa y antirreligiosa*.

La propia Constitución en su artículo 2 fundamentaba la república rusa sobre el principio de la *libre unión de naciones libres*, que habría de constituir *una federación de repúblicas nacionales de soviets*. Desde el otoño anterior, en 1917, los bolcheviques habían empezado igualmente a establecer lazos normales con las naciones que se organizaban como repúblicas independientes.

Las nacionalidades

Tres años después, en 1920, cuando se perdieron las esperanzas de revolución inmediata en otras partes de Europa, la cuestión de una organización más estrecha se presentó imperiosa. La exportación revolucionaria tras la impotencia alemana y el propio temor bolchevique al desviacionismo nacionalista (el Congreso de Bakú, en septiembre del año 20 había desvelado aspiraciones peligrosas, que Lenin rechazó), hicieron ver al Gobierno soviético que se había cerrado el ciclo revolucionario abierto tres años atrás en Petersburgo.

Para sobrevivir, se dijeron, había que transformar las relaciones de buena vecindad con las repúblicas limítrofes; a través de ellas se daría vida al Estado de los soviets y se intentaría volver a la unidad perdida en 1917. Pero ¿sería posible recuperar, acercar a las naciones emancipadas, sin levantar de nuevo aquella *prisión de los pueblos* que cayó con el zarismo?

Para ciertas naciones, la independencia conquistada con la revolución se convertía en un hecho adquirido y duradero gracias al sostén exterior. Era el caso de la periferia occidental del Estado soviético, Finlandia, Estados Bálticos y Polonia, consolidada por la guerra, recién terminada. También de la Georgia menchevique, en el Cáucaso, aunque de modo provisional. Pero otras repúblicas tenían un estatuto más inseguro, porque no contaban con apoyos del exterior, o porque éstos se retiraron de repente (Ucrania, Bielorrusia, etcétera).

A lo largo de 1920-21, la República Federada de Rusia firmó tratados bilaterales con todas las repúblicas vecinas, anudando estrechos lazos económicos y militares, buscando un espacio exterior que le permitiera la supervivencia en una Europa hostil, y definiendo minuciosamente sus campos de acción común.

En la escuela profesional. *Pintura alusiva a la formación de nuevos jóvenes técnicos*

Atentado contra la vida de Lenin *(por P. Baloiosov)*

De hecho, fueron acuerdos entre iguales, pero, en la práctica, podría decirse con Orwell que Rusia iba a resultar *más igual que los otros*. El desequilibrio se hizo ostensible en el plano militar y en la práctica diplomática. Si, en principio, cada Estado conservaba su propia organización, en la práctica sólo Ucrania conservaría por un tiempo sus representaciones diplomáticas particulares. Para 1922, cuando la conferencia de Génova, las había perdido.

José Stalin, por vez primera significado para el curso de los acontecimientos posteriores, fue el encargado de reconstruir un Estado soviético multiétnico, en el que habrían de reencontrarse progresivamente, uno junto a otro, los antiguos miembros del Imperio de los zares.

Su actuación principal para él, bolchevique y georgiano, se centró en el problema de la Georgia menchevique. En 1921 se expresó sin ambages: la autodeterminación ofrecida a las naciones en 1917 era ya una fase superada y, en el caso de Georgia, de disponerse a recuperarla, la actuación del Ejército Rojo no se pondría en duda. Invadida y conquistada el 21 de mayo de 1921, Georgia, dirigida ahora por los bolcheviques, se prestó, como el resto de las repúblicas, a firmar un tratado de alianza con la RSFSR.

Siguiendo el modelo de la propia RSFSR, el III Congreso de los Soviets de la URSS, el 30 de diciembre de 1922, aprobó el tratado de constitución de un nuevo Estado federal basado en la igualdad de derecho. La federación suponía unos estatutos muy complejos que respondían a las situaciones más diversas. Algunas naciones quedaron organizadas en Estados soberanos: las *repúblicas federadas*. Las más pequeñas, o las que todavía no reunían las condiciones para su soberanía, tuvieron un marco estatal, aunque no soberano: las *repúblicas autonómicas*. Y, por último, las nacionalidades o formaciones étnicas menos desarrolladas, e incluso los grupos étnicos, que se beneficiaban también del reconocimiento de su especificidad cultural, dispusieron de una organización espacio-nacional (como *regiones autónomas* o *distritos nacionales*) que garantizaba sus derechos culturales.

La organización interna del Estado soviético fue, pues, reflejo de la complejidad étnica de la sociedad que lo componía. Su contenido político vino dado por el mandato de *indigenización* de los dirigentes de cualquier nivel y en cualquier lugar: las repúblicas nacionales, se decidió, deberían ser dirigidas por sus propios cuadros.

Pero esta política de indigenización a ultranza tuvo dos consecuencias: exigió una promoción de las culturas nacionales por igual y el control constante de unos cuadros de muy distinta procedencia política y social, dada la escasez de mandos de confianza.

El programa nacional de los años veinte insistió en la promoción de todas las culturas por igual y, sobre todo, en el cultivo de sus lenguas específicas. Sólo que, en ocasiones, esas lenguas no existían o gozaban de un empleo muy minoritario y restringido.

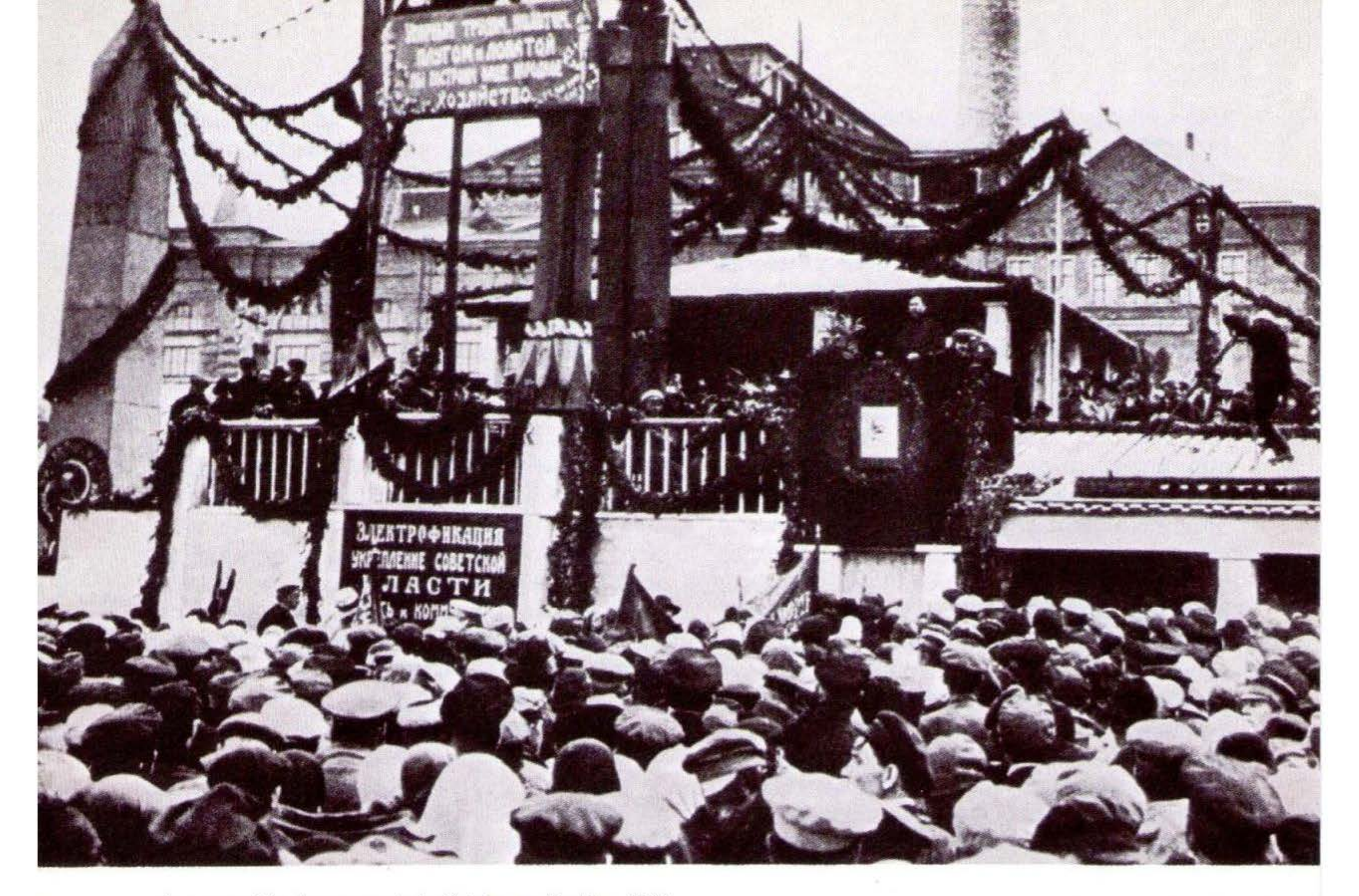
El Estado soviético de primera hora, a pesar de su carencia de medios económicos, consagró a esta promoción de las culturas (a veces a costa de gran imaginación e individualización), esfuerzos humanos y presupuestos considerables. Aunque fue preciso alfabetizar rápidamente y en la forma más sencilla posible, dedicó tiempo y recursos ilimitados a la impresión de alfabetos y libros destinados, a veces, a un puñado de lectores.

Pero la promoción de las culturas nacionales presentó a la vez dificultades evidentes: una educación puramente nacional sólo podría reforzar los sentimientos nacionalistas y las dificultades de integración. Por ello, el concepto de *cultura nacional* fue imbuido en un doble contenido que Stalin, de nuevo, vino a definir.

Dichas culturas, en efecto, eran nacionales en su *forma*, principalmente en la lengua, pero, al mismo tiempo, *socialistas* todas ellas por su contenido y siempre encaminadas todas hacia aquel objetivo común por el que unas y otras convergerían en sentido unificador. Este compromiso cultural no habría de ser desagradable para Lenin, que lo aprobaría en breve, pues combinaba las exigencias del presente (satisfacer los sentimientos nacionales y romper las grandes unidades pan-nacionales) con el objetivo futuro de lograr la progresiva adhesión a una cultura política común.

La lucha por el poder

El nuevo sistema descentralizado que la NEP inauguró descansaba sobre unidades de comercio autónomas, que recibieron el nombre de *trusts*. En la segunda mitad de



Inauguración de una central eléctrica en Kashira, 1922

1921 y a lo largo de todo 1922 los *trusts* se multiplicaron para hacerse cargo de las empresas que se iban liberando de la dependencia de los suministros estatales y de la obligación aneja de entregar su producción al Estado.

Por un decreto de 27 de octubre de 1921, las empresas quedaron divididas en dos categorías: las que todavía permanecían bajo la centralización estatal y las que gozaban ya de una independencia comercial y financiera totales. Las primeras, reducidas poco a poco, conservaban en principio a las del metal y combustible.

Para el azúcar o el caucho, con proceso homogéneo de producción a escala nacional, se estableció un solo *trust* nacional. Para el carbón, por el contrario, se establecieron varias organizaciones locales, concentradas luego horizontalmente. En las industrias mineras y las textiles, por el contrario, la organización era vertical, para controlar siempre el proceso de producción.

La NEP significó, como tantas veces se repitió entonces, una vuelta al mercado. Se produjeron desnacionalizaciones, sobre todo en las pequeñas empresas, que pasaron a ser regidas en muchos casos por cooperativas y no por individuos aislados. Pero fue el comercio al por menor donde las nuevas condiciones generales tuvieron una incidencia mayor.

El *nepmen*, dispuesto a enriquecerse en la coyuntura, recuperó una posición social privilegiada. Compraba en el campo los productos a los campesinos y los revendía en las cercanías o en la ciudad más próxima. Volvieron a surgir las tiendas privadas y hasta el comercio al por mayor fue atendido por estos nuevos capitalistas.

En los primeros tiempos, la nueva industria descentralizada no podía contar con una red de distribución oficial, y la iniciativa privada vino a suplirlo presurosa. Durante estos años el comerciante particular ayudó a la industria estatal a restablecer su destartalado aparato productivo, y de él vivió.

Fulgurante su estrella en los primeros momentos de la NEP, reducida a partir de 1923, en que se amplió la red estatal, a finales de los veinte la fortuna de los *nepmen* empezó a declinar. En vísperas del primer plan quinquenal el comercio privado sólo representaba el 5 por 100 del comercio

total, pero seguía en sus manos una parte importante del comercio al por menor.

En los medios burgueses, la NEP fue interpretada como una retirada, como el reconocimiento del fracaso revolucionario y el retroceso hacia los caminos acostumbrados de la organización de la vida económica, en dirección de nuevo hacia la recuperación del abandonado capitalismo. Lenin lo describía como *un sistema transitorio y mezclado*, denominado por él mismo *capitalismo de Estado*, y que no era sino el modelo económico procurado antes de que la guerra civil trastocase la evolución normal del nuevo régimen.

Campo y unidad frente a la nueva economía

Aquél fue un año de excelente cosecha, y —tras dos años de NEP— el invierno de 1922-23 dio muestras de una importante recuperación económica. Los campesinos, en aquellos momentos, fueron los más favorecidos por unos objetivos básicos de producción y unas normas de intercambio, capitalistas o precapitalistas, que no tenían más limitación que las nacionalizaciones. Y aun éstas deberían conformar sus actividades a las normas de distribución en el mercado.

En uno de sus últimos escritos, en enero de 1923, Lenin seguía consciente de lo precario del equilibrio impuesto: *El destino de nuestra república dependerá de si las masas campesinas marchan con los trabajadores y permanecen fieles a su alianza con esa clase, o si permiten que los hombres de la NEP, es decir, la nueva burguesía, las separen de los trabajadores y las hagan romper con ellos.*

Junto a un aumento del desempleo, las nuevas condiciones provocaron fluctuaciones violentas de precios. En aquel mismo invierno (1922-23) la relación de precios entre los productos agrícolas y los industriales —hasta entonces favorables a los primeros— empezó a alterarse, lenta, pero constantemente, en favor de la industria.

Hasta entonces, un sector importante de los campesinos (que excluía, naturalmente, a los más ricos y a los más pobres, que pudieron incluso verse reducidos a la condición de braceros) había mejorado sensiblemente de suerte. A finales de 1922 se consiguió una pequeña exportación de trigo excedentario, y se repartió a los cultivadores una cantidad de grano sin precedentes para la siembra. Se había llegado en aquel momento a las tres cuartas partes de la producción normal de la anteguerra.

La industria no se recuperó con tanta facilidad. En el mismo período, apenas sí llegó a la cuarta parte, y los índices de recuperación variaron según sectores.

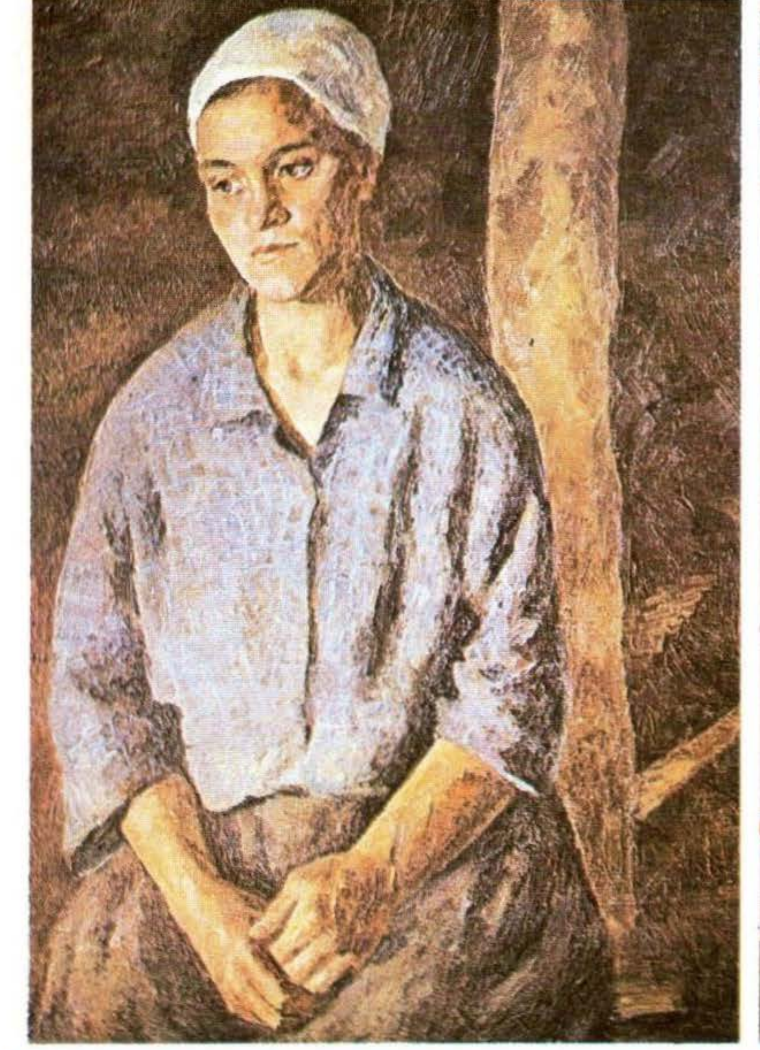
La industria artesana y rural mejoró con la NEP, pero benefició, ante todo, al *kulak* y deterioró el eslabón que se pretendía tender entre campo y ciudad. La textil, sólo saneada a partir del verano de 1922, cuando se ocuparon de ella sindicatos con función de monopolio, se vio afectada por la inflación. La más afectada por la guerra fue, no obstante, la pesada y, sin embargo, la NEP no la englobó en su capítulo de beneficios. Por aquí empezarían las primeras críticas a la nueva política: todo el año siguiente fue éste un tema central en las discusiones entre el Narkonfm (Comisariado y Finanzas) y los partidarios del Gosplan.

El 9 de marzo de 1923, en el marco del XII Congreso del Partido, Trotski refirió el proceso denominado como *crisis de las tijeras*. Los precios industriales se habían ido elevando, en tanto que los agrarios se habían neutralizado, descendiendo a niveles de antes de la guerra, en ocasiones. En la mente de Trotski, la planificación se revelaba necesaria e inaplazable, y tocaba a los trabajadores, según sus palabras, *conceder un crédito a vuestro Estado a costa de vuestros jornales.*

Pendiente de la marcha del proceso de exportación revolucionaria, se abrió durante meses un compás de espera. Se intentaron aliviar los problemas financieros recortando subsidios a la industria; ello conllevó disminuciones en producción y salarios. Las contribuciones aumentaron igualmente, y en julio, al ratificarse la Constitución, se dieron los primeros pasos para la reforma monetaria. El presupuesto para el año económico 1923/24 se estableció no ya en rublos de la anteguerra (como en enero-septiembre de 1922), o en rublos oro (como en 1922/23), sino en *chervontsy*, la nueva moneda.

Paulatinamente, los trabajadores urbanos notaban degradarse su situación. Los cam-

Obrera *(por D. Sterenbers*, arriba, izquierda). Las fábricas para los trabajadores *(panel de un decorado para la plaza del teatro de Petrogrado*, arriba, derecha). Reunión de pedagogos *(por E. Chepsov*, abajo)




ЗАВОДЫ
ТРУДЯЩИМСЯ

pesinos, en el primer plano de las preocupaciones oficiales, habían ocupado su lugar. Es lo que Bujarin, en marzo de 1918, detectó como síntomas tempranos de una *desintegración del proletariado*. Ahora al descontento y el desempleo se sumaba el ingrediente de la vuelta a sus puestos —incómoda para el trabajador— de los antiguos especialistas que la NEP rehabilitaba. El que muchos de estos técnicos burgueses formaran parte de lo que se denominó *gerentes rojos*, afiliados al partido, hacía imposible ir contra ellos.

En cuanto al paro, en la primavera de 1923 las bolsas de trabajo no cubrieron más que unos cuantos casos entre la multitud que se agolpaba cada mañana ante sus puertas. Primero les llegó el turno a los jornaleros no cualificados, luego también a los obreros de fábrica. Sólo un 4 ó 5 por 100 encontraron empleo a través de la política oficial de obras públicas, e incluso estos datos se calificaron de optimistas.

En septiembre, Shmidt, comisario para Trabajo, se dio por vencido: *No podemos emprender obras públicas de ninguna clase, con excepción de las de Moscú y Petrogrado y, por tanto, es inapropiado considerarlo en la resolución del pleno del consejo central de los sindicatos. No somos lo bastante ricos como para ejecutar ese programa.*

Se acudió también a subvencionar los *artels*, o cooperativas de parados, pero esto conllevaba el recuerdo a una mano de obra aun más barata, que perjudicaba a los obreros empleados. La decisión era cruda, pero se tendió a mejorar las condiciones de los cualificados, reservando a los simples jornaleros para cuando la industria estuviera en condiciones de aprovechar su fuerza de trabajo.

En los sindicatos, con afiliación voluntaria y pago de cuotas, descendió claramente el número de afiliados. A lo largo del año 1923 los salarios permanecieron congelados, pero al menos se consiguió matizar desigualdades, equilibrando niveles de la industria pesada y la ligera.

Eran frecuentes los retrasos en los cobros. Esto había provocado huelgas ya en el segundo semestre de 1922. Ahora se multiplicaron, asistiendo a ellas la oposición política.

La Verdad Obrera, grupo compuesto por seguidores de Bogdánov, se opuso a la NEP por considerarla una vuelta pura y simple al capitalismo, y propugnó la reforma desde dentro del partido. El llamado *Grupo de Trabajadores* (más proletarizado que el anterior) proponía mecanizar el campo de la manera más rápida posible, tratando de evitar en la NEP esa *nueva explotación del proletariado*. Fueron, en buena parte, las de ambos grupos reivindicaciones sindicalistas conocidas de tiempo atrás, que ahora contaban con aprovechar el descontento obrero.

Las tensiones sociales, en efecto, entre campesinos y obreros se habían agravado en el verano y el otoño siguiente. Ni siquiera medidas tolerantes respecto a la fe del *mujik* bastaron para paliarlas, porque su razón era menos honda, pero más acuciante: las tijeras seguían abriéndose.

La crisis de 1923 no se parecía en nada a las otras sufridas desde 1917. Aquéllas eran crisis de escasez, y ahora, en cambio, los almacenes se hallaban repletos de mercancía y la cosecha incluso era excedentaria. Se trataba de la falta de métodos y sistemas comerciales capaces de encauzar la corriente de artículos desde el trabajador industrial al campesino, y viceversa.

Lo que la NEP había creado no era el tan traído y llevado *eslabón* o *alianza* entre el proletariado y los campesinos, sino una áspera lid en la que los dos elementos principales de la arrasada economía soviética luchaban entre sí en un mercado de características competitivas, en una pelea que primero se inclinaba gravemente hacia un lado y después hacia otro. La sociedad rusa no iba a poder resistirlo.

Huelgas y oposición política

Las huelgas más serias se produjeron en agosto en la industria pesada, debido, en principio, a los retrasos en los pagos y, además, ante la negativa al deseo de los trabajadores de volver a sus aldeas para ayudar en las tareas de la recolección.

Contra cualquier tipo de descontento, o incluso para recortar jornales, se registraron despidos frecuentes. Y el proletariado se desconcertó: había tomado el poder y era dueño de los medios de producción; sin embargo, la revolución le procuraba escasas ventajas materiales, de las que disfrutaban especialistas y *nepmen*. El porvenir de aquel *Estado obrero*, en un clima que recordaba al del régimen zarista, no parecía encararse con optimismo.

La crisis había provocado también discre-

pancias políticas. Cuarenta y seis dirigentes del partido, entre ellos varios miembros del Central, lanzaron un manifiesto (15-X-1923) tachando de superficiales y asistemáticas aquellas decisiones del Comité Central que habían llevado al país *al borde de una grave crisis económica*, palpable en la angustia monetaria, en la restricción de créditos, la caída de ventas industriales, los bajos precios de los productos agrícolas o las discrepancias salariales. Enfrentados a Trotski, y con Lenin gravemente enfermo, deploraban los manifestantes *la ausencia de liderazgo*.

A finales de 1923, establecido un *comité de las tijeras* para atajar la situación, éste publicó su resolución final confirmando al campesinado como principal beneficiario de la NEP y como árbitro de la economía soviética.

Entre tanto, la situación económica mejoró: por segundo año consecutivo, la cosecha fue excelente, se reanudaron las exportaciones de grano, se reforzaron los precios agrarios y la restricción de créditos a la industria propició la reducción de precios industriales.

Para desarmar a la oposición, la GPU emprendió una campaña contra lugares de diversión y de lujo, centros de reuniones de comerciantes acomodados y especuladores, que acabó con la detención de varios cientos, muchos de ellos expulsados de Moscú a provincias, o incluso a campos de concentración. Castigo ejemplar, y más de efecto psicológico que de incidencia material, pero que habría de bastar, no obstante.

De cara a los trabajadores, se trató de mejorar el nivel y la puntualidad en el pago de los salarios, prohibiéndose la práctica de abonar parte de aquéllos en bonos del empréstito estatal.

En los primeros meses de 1924, la reforma monetaria ayudó a estabilizar la NEP, salvando este primer bache. Por otra parte, una moneda estable ayudó a obtener la confianza del mundo capitalista. Al reunirse el XIII Congreso del Partido, en mayo, los problemas económicos ya no eran el centro de las discusiones.

La nueva política económica

El conflicto interior en el Partido Comunista de la URSS se recrudeció por entonces. En los meses finales de 1923, Lenin agonizaba, si bien su ausencia hay que remontarla a diciembre de 1922, en que un segundo ataque, que le paralizó el lado derecho, le apartó de la gestión directa del Gobierno.

Nueve días después de sufrir la recaída había dictado un *Testamento*, perspicaz y ambiguo al tiempo, que nada dejaba resuelto respecto al futuro. Después podría aún concentrar su atención sobre el problema de Georgia, en donde el propio partido comunista local se negaba a acatar las directrices de Moscú.

La gestión de Stalin en este asunto no iba a ser discutida por Lenin, y sólo después, en *posdata* al testamento escrita el 4 de enero de 1923, y que sólo Krupskaya y su secretario conocieron durante un tiempo, se atrevía a anotar:

Stalin es demasiado rudo, y este defecto, que se puede tolerar en nuestras relaciones como comunistas, es inaceptable en un secretario general. Por tanto, propongo a los camaradas que traten de hallar la manera de sacar a Stalin de ese cargo y sustituirlo por otro que sea superior a Stalin en todos los aspectos; es decir, más paciente, más leal, más cortés, más atento a los camaradas, menos caprichoso, etcétera. Esta circunstancia puede parecer una bagatela insignificante, pero creo que, desde el punto de vista de impedir una división y de las relaciones entre Stalin y Trotski, que ya he mencionado antes, no se trata de una bagatela, y si lo es, es una bagatela que puede adquirir una importancia decisiva.

Pero en los meses que siguen, Stalin se mostró discreto, siendo, en cambio, Zinoviev y Kámenev quienes inauguraron el culto a Lenin, como garante de la unidad del partido: *Toda crítica a la línea del partido* —se oirá en el Teatro Bolshoi al celebrar el 25 aniversario de la fundación, en 1898—, *incluso la denominada* crítica de izquierdas, *será, en lo sucesivo, objetivamente crítica menchevique*. La ausencia de Lenin, su presencia material, sólo podría suplirse con *una voluntad colectiva, un pensamiento colectivo, una energía y una determinación colectivas*.

El XII Congreso, al hilo de las nacionalidades, permitió a Stalin —hábilmente— mostrarse como discípulo de Lenin. Trotski, ocupado con el tema de la industria, eludió la polémica en torno a la cuestión nacional y no acudió a los debates. Se iba así, por parte de todos, ganando tiempo en el inminente problema de la sucesión.



Distribución administrativa de la URSS en el año 1929. A medida que se asentó el poder soviético en la periferia de la URSS, se modificó paulatinamente su división administrativa, de una manera especial en el Asia central

En aquel verano de 1923, el problema nacional se planteó de nuevo. El comunista Sultan-Galiev, maestro en la escuela de Kazán, estaba al frente de los pueblos musulmanes oprimidos desde la primavera. La GPU interceptó una carta suya en la que se quejaba de la *política del Gobierno soviético en cuanto a los pueblos no rusos, que apenas difiere de la política de los chovinistas gran-rusos*. Stalin, con el consentimiento previo de Zinoviev y Kámenev, provocó su caída.

En el otoño, el descontento por la falta de permisividad en el interior del partido y las discrepancias económicas se ahondaron. El *Grupo de Trabajadores*, que pretendía organizar una amplia manifestación, estilo domingo sangriento de 1905, fue desarticulado por la GPU en septiembre, logrando expulsar del partido a la mitad, al menos, de los conspiradores. Poco después se tomaron medidas similares contra *La Verdad Obrera*.

A finales de año y principios del siguiente, la máxima esperanza del triunvirato era evitar que Trotski, que ya la había emprendido contra la *burocracia*, pudiera aparecer al frente de esta rumorosa oposición. Más tarde se sabría que la campaña de la oposición había sido particularmente activa en el Ejército y entre las instituciones de educación superior, terrenos ambos en los que Trotski gozaba de un crédito especial.

Las acusaciones contra Leo Davidovich Trotski se multiplicaron: se le acusó de hacer caso omiso a la suerte de los campesinos, de inclinarse hacia la burguesía en comportamiento y modales y se le recordó su pasado menchevique que quizá le indujo a someterse siempre a los designios del partido con rígida y resignada disciplina.

Especialmente, su afán por la planificación económica se esgrimía como prueba de sus simpatías burguesas: el Gosplan estaba constituido, en palabras de Zinoviev a principios de 1924, por *trescientos profesores y especialistas, antes ocupados en asuntos económicos, cuya experiencia y conocimientos no son muy útiles, pero que, sin embargo, son, en gran parte, elementos de la burguesía*. Por una de las paradojas de la Rusia posrevolucionaria, la planificación sería después la palanca más potente en manos de Stalin.

En enero de 1924, la XIII Conferencia del Partido iba a poner fin a las ásperas discusiones que lo agitaron durante más de tres

meses. La autoridad del triunvirato contra la oposición había salido reforzada, pero permitió ver ya, como muy bien define Carr, que lo que se hallaba en juego no era ya tanto la autoridad de los principios, sino las propias personas. Los ataques directos podían convertirse en decisivos.

El triunvirato

Lenin moría en Gorki en la tarde del 21 de enero de 1924, mientras se reunía el II Congreso de Soviets de toda la Unión y el IX de toda Rusia. Trotski, de viaje hacia el Cáucaso para reparar su salud, no estuvo presente en el entierro. Stalin, ante el II Congreso, identificó *partido de los leninistas* con *partido de los comunistas* y *partido de los trabajadores*, el viejo vocabulario bolchevique.

El acceso formal a los puestos públicos hasta entonces ocupados por Lenin no causó dificultades ni revistió importancia excesiva. Quedó claro que en lo sucesivo habría división de funciones y que el centro de gravedad residiría en el partido. En pocos días, lo principal resultó ser la adopción de medidas necesarias para posibilitar el ingreso en el partido de *trabajadores proletarios*, según las resoluciones de la Conferencia.

En efecto, las condiciones de ingreso se suavizaron, en lugar de seguir los pasos de Lenin, cada vez más restrictivo en sus criterios. Desde entonces, el partido avanzó por un proceso de expansión que continuaría en sus vicisitudes posteriores. En tres meses, antes del 1 de mayo de 1924, se habían admitido más de 100.000 nuevos miembros, con lo que el número total de afiliados se elevó a 600.000.

A finales de mayo, las nuevas inscripciones llegaban a 240.000, aunque todavía existía una legislación —después suprimida— que obligaba a los miembros del partido a percibir sueldos menores que sus colegas no afiliados. Pero ya eran nítidamente perceptibles otros privilegios. En momentos de paro, los afiliados tendrían derecho a colocarse los primeros y a ser despedidos los últimos. La fidelidad más absoluta a las autoridades era el precio que debían pagar por ello.

Al tiempo que esta campaña de enrolamiento, se realizaba en el partido una purga: Preobrazhenski se quejó de que se aprovechara la ocasión de la revisión periódica y acostumbrada para iniciar un proceso severo contra la oposición de izquierdas.

Por lo demás, todo parecía seguir su curso normal. Por entonces, todavía Stalin compartía la teoría clásica de que el socialismo no podía construirse en un solo país, de que era precisa la repetición del Octubre rojo en otros lugares para alimentar el proceso.

La caracterización de un régimen

En mayo, en el XIII Congreso del Partido, se atacó a Trotski duramente, pese a lo cual volvería a salir elegido para el Comité Central. Habían pasado cuatro meses desde la muerte de Lenin y se cerraba el *interregno*. Una buena cosecha, de nuevo, permitiría continuar las líneas económicas de la NEP sin grandes cambios y conseguir éxito en la reforma monetaria.

Los años 1924-26 son definidos por el historiador británico E. H. Carr como una época crítica, en la que el régimen revolucionario, para bien y para mal, forja sus características decisivas: *El marchitamiento de la visión revolucionaria, el culto al sentido común en la administración y al detalle en los asuntos de cada día, dio origen a cierto espíritu conservador (El socialismo en un solo país, I).*

El aparato es, en buena medida, consciente de estas mutaciones. En 1924, un informe del partido se preocupaba del número de suicidios comunistas por *motivos ideológicos, porque fueron incapaces de adaptarse a la nueva etapa, tan llena de dificultades*, en tanto que *vivían con el espíritu del comunismo de guerra* (Yaroslavski, en *Pravda*, el 9 de octubre). Los utópicos, es cierto, ya habían sufrido hondo desencanto con el tratado de Brest-Litovsk, pero cada vez el pasado se hacía presente con más fuerza, según avanzaban los meses.

La falta de cultura y de experiencia administrativa entre los comunistas, asunto que preocupó a Lenin en sus últimos años, había traído como consecuencia que las tareas administrativas y gerenciales fueran a parar, en gran parte, a manos de los supervivientes del régimen anterior. La continuidad de lo viejo con lo nuevo se hallaba asegurada.

Incluso en las regiones más adelantadas,

el núcleo familiar, la familia, parecía ser el enemigo mayor de mucho de lo que la revolución trataba de implantar. El programa de la Konsomol (Juventudes Comunistas) adoptado en 1920 mencionaba el *conservadurismo de los padres, junto a la influencia de los curas y kulaks*, entre los factores adversos para la juventud campesina.

Las teorías sexuales de la Kollontai, muy extendidas en el partido en los primeros tiempos, no consiguieron, sin embargo, el beneplácito de Lenin. Con la NEP se produjeron las primeras reacciones contra medidas poco asimiladas: en 1924, la legalización del aborto, conseguida con la revolución, comenzó a ser objeto de críticas. En 1925, Semashko, comisario del pueblo para la Salud, hablaba de *sublimar* los instintos sexuales a través de la labor social: *Disuelve tu energía sexual en el trabajo público... Si quieres resolver el problema sexual, sé un trabajador público, un camarada, no un garañón o un semental.*

De la guerra —de las guerras, la mundial y la civil— procedían los niños sin hogar, huérfanos sin parientes, o alejados de sus casas, que vagaban en pandillas por las ciudades y el campo, arreglándoselas como podían y sin renunciar al robo o a la violencia. Los hogares estatales que procuraban recoger al menos a una parte de estos vagabundos gozaban de pésima fama.

Ante la perspectiva de malas cosechas se reaccionará oficialmente contra la socialización de estas calamidades. En agosto de 1924, Rikov proclamó ante el Comité Central: *En los hogares infantiles estamos criando holgazanes que no saben trabajar y que en el futuro serán una carga para el Estado. Para impedirlo hemos de tomar las medidas necesarias a fin de que estos niños no sigan apartados del trabajo productivo y a fin de que no crezca el número de criaturas sin hogar. Hemos cursado instrucciones a las regiones donde se señalan malas cosechas, en el sentido de que no se lleven niños con familia a los hogares infantiles. Si la familia no está en condiciones de alimentar al niño, es mejor ayudar a la familia que coger al niño y alimentarlo en un hogar infantil.* Dos meses más tarde, Lunacharski, comisario para la Educación, anunciaba la nueva política oficial de *repartir los niños entre el pueblo.*

Respecto a la religión, la revolución no había podido tampoco hacer de ella tabla rasa. El obrero, según se vio, *no compra nuevos iconos, pero tampoco tira los viejos.* Entre las campesinas, sobre todo, las creencias seguían incólumes.

Frente a los partidarios del inmovilismo, el Gobierno jugó, en lo que Trotski denominó *nueva política religiosa*, con los partidarios de la innovación, especialmente con la

Traslado del féretro de Lenin hasta su mausoleo



autodefinida como *Iglesia viviente*. Sus componentes, en el sínodo santo de mayo de 1923, habían declarado: *Reconocemos la justeza de la revolución social; vemos en los soviets la fuerza que dirige el mundo hacia la fraternidad, la igualdad y la paz entre las naciones; condenamos la contrarrevolución y consideramos nulo el anatema del patriarca Tijon.*

Cuando poco después se consiguió que Tijon prometiese abandonar su apoyo a los contrarrevolucionarios, los bolcheviques imprimieron un giro a su política religiosa: devolvieron a Tijon toda libertad de acción contra los heterodoxos que hasta entonces habían protegido, y llegaron así a un *modus vivendi* estable.

La ley

La cuestión legislativa estuvo revestida de ambigüedad: un primer decreto de noviembre de 1917, que abolía todas las instituciones judiciales y establecía tribunales locales dependientes de los soviets, estipulaba también que la normativa anterior debía considerarse válida siempre y cuando las leyes o normas no hubiesen sido *anuladas por las revoluciones y no estuvieran en contradicción con la conciencia revolucionaria y con el sentido revolucionario respecto a la ley.*

En resumen, como dice Stuchka, *desde noviembre de 1917 a 1922 estuvimos formalmente sin leyes.* Hasta entonces, en que se introdujo el código civil, hubo un menosprecio general hacia los asuntos legales, y hasta se propuso abandonar su estudio en las universidades, porque se relacionaba estrechamente con el derecho de propiedad.

Pero ¿y el derecho penal? ¿Y las normas de derecho internacional? Todo ello se solidificó a partir del año 1922, también de acuerdo con la NEP. Entonces se abandonó la *conciencia revolucionaria* como forma de llenar lagunas en el código legal, para sustituirlo por un criterio codificado.

Fue un giro importante: en el código civil, la ley soviética aparecía por vez primera no como la agresora, sino como la protectora de los derechos individuales. Los códigos agrario y laboral, del mismo año, fueron la contrapartida de aquél en sus esferas respectivas.

El agrario concedía al campesino derecho ilimitado de propiedad sobre la tierra que ocupaba, así como la posibilidad, con ciertas reservas, de arrendar tierras y contratar mano de obra. El laboral, por su parte, posibilitaba la vuelta a un mercado de trabajo libre, restablecía el sistema de contratos entre el patrón y el obrero como base del empleo, instituía de nuevo el derecho al despido y volvía a crear un ejército de reserva en forma de desempleo crónico.

El resurgimiento del derecho y el nuevo culto por la legalidad revolucionaria se hallaban íntimamente relacionados con la necesidad sentida bajo la NEP de dar a los comerciantes la protección y la garantía que ellos consideraban normales.

Los antiguos jurisconsultos del régimen zarista recibieron el encargo de interpretar y administrar el derecho soviético. Cada vez con menos disimulo, las lagunas del nuevo código se llenaron con disposiciones de la legislación zarista.

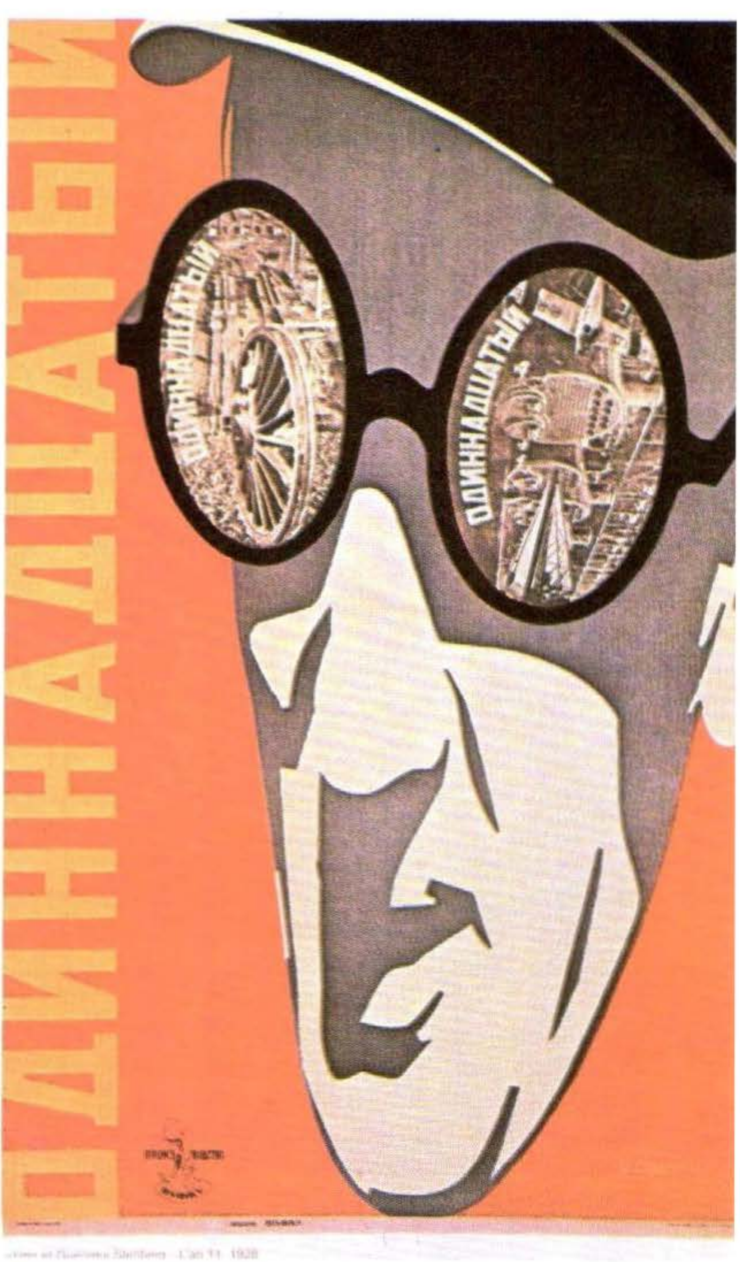
La ley se consideró pilar básico de la economía y del Estado. El giro, en dirección opuesta, desde la hostilidad inicial de los revolucionarios contra la ley fue uno de los síntomas más reveladores del cambio de opinión que preparó el camino a la doctrina del socialismo en un solo país.

En octubre de 1922, Lenin lo puso de manifiesto: *Nos apoderamos del viejo aparato del Estado y esa fue nuestra desgracia, el aparato del Estado se vuelve muchas veces contra nosotros. Suele suceder en la práctica que aquí arriba, donde tenemos el poder del Estado, el aparato desarrolla sus tareas, pero allá abajo, donde se toman las decisiones, deciden de tal manera que muy frecuentemente trabajan contra nuestra política. Arriba tenemos, yo no sé cuántos, pero supongo que, por lo menos, unos cuantos miles y, como máximo, algunas decenas de miles de nuestra gente. Pero abajo hay cientos de miles de viejos funcionarios que recibimos del zar y de la sociedad burguesa y que, en parte conscientemente, en parte inconscientemente, trabajan contra nosotros.*

A pesar de los aparentes titubeos de la política económica de Stalin entre 1923 y 1928, lo cierto es que marchó, sin desviarse un palmo, por una línea recta: la marcada por su determinación de hacer de la URSS una potencia autárquica e independiente del oeste.

Una nota llena de sinceridad, no muy frecuente en sus declaraciones, se encuentra en la denuncia a Sokólnikov por querer *da-*





Reconstrucción de los transportes *(por M. Dolgoronkov*, arriba). El año 11 *(por V. y G. Stenberg*, derecha). El campesino ruso *(según una pintura de K. Petrov-Vodkin*, abajo)

wesificar la Unión Soviética. Era el más *ruso* (a pesar de ser georgiano) de los jefes de la primera hora, no sólo por desdeñar el oeste, sino porque apenas apreciaba los nacionalismos locales del antiguo imperio.

El socialismo en un solo país

Así, Stalin se convertía en el creador no sólo del socialismo en un solo país, sino del socialismo edificado sobre bases casi por completo rusas. Lo que Stalin aportó a la política soviética no fue —ya lo hemos visto— originalidad teórica, sino vigor y crudeza en la ejecución.

La planificación comenzó a ser aceptada por el partido en la primavera de 1924. Por una ironía del destino, Trotski y la oposición ya habían sido condenados. Amortiguada la lucha política, ambas partes se preparaban para reanudar la contienda en el otoño siguiente. El vocablo *leninismo,* entre tanto, se instaló insensiblemente en los labios de la dirección del partido, para hacer frente al *desviacionismo trotskista.*

En su origen, la doctrina del socialismo en un solo país, propuesta por Stalin en diciembre de 1924, era un golpe asestado en la lucha contra Trotski, aferrado a su idea de la revolución permanente. El 26 de enero de 1925, en efecto, Trotski dimitía como presidente del Consejo Militar Revolucionario y comisario del pueblo para la Guerra, pero nadie creyó entonces que la nueva elaboración teórica iba a ser trascendente.

Hasta marzo de 1925, la teoría de Stalin no volvió a ser utilizada públicamente, respondiendo entonces a la creciente polémica en torno a las relaciones de la URSS con los países capitalistas. El fracaso alemán del año veintitrés volvía una y otra vez para recordar a los soviéticos la aparente *estabilización del capitalismo,* y en estas condiciones, la doctrina del socialismo en un solo país cobraba validez como modelo.

Su éxito fue inmediato, porque lograba combinar el objetivo final con la recuperación del sentimiento nacional, con el orgullo suplementario de ser los primeros. Era más que un análisis económico o una consigna política. La nueva opción, dice Carr, era *una declaración de fe en la capacidad y en el destino del pueblo ruso.*

La llamada al sentimiento nacional, sin embargo, no iba dirigida hacia el pasado, sino hacia el futuro. Y por ello, el desafío implicaba la capacidad de crear un nuevo mundo con los recursos propios. La autarquía quedaría proclamada, de esta manera, no como fin, sino como medio necesario. Sería la industrialización la que hiciese de la URSS una potencia grande e independiente del oeste, contra la cual se iría en un momento determinado. Por primera vez en la historia de Rusia, industrialización y occidentalización no parecieron sinónimos.

Eliminado Trotski de la escena política, enero del 25 contempló cómo se desmoronaba el precario armazón que mantenía unido al triunvirato. Desde que Kámenev fue relegado a puestos secundarios, Stalin y Zinoviev se enfrentaron rudamente. La lucha por el poder tomó la forma geográfica de una rivalidad entre Leningrado (dominada por Zinoviev) y Moscú (en donde predominaba Stalin), entre la máxima expresión de la fuerza proletaria y la sede de la burocracia oficial.

A lo largo de la primavera y el verano siguientes, tras la vuelta de Trotski a Moscú en abril, Kámenev y Zinoviev todavía le temían más, es evidente, que a su compañero Stalin. Se consiguió entonces que Trotski desautorizase públicamente y por escrito el libro de un americano, Eastman, que tomaba partido por sus propias posiciones.

Las dificultades de la «troika»

Pronto comenzó el enfrentamiento con Stalin de los otros dos miembros de la *troika.* A principios de septiembre, Zinoviev y Kámenev, junto con Sokólnikov y Krupskaia, se unieron en lo que luego se conoció como *programa de los cuatro.*

En diciembre, en el XIV Congreso del Partido, Kámenev atacó a Stalin directamente, rompiendo la ficción de un liderazgo colectivo: *Nos oponemos a la teoría del control individual, nos oponemos a la creación de un líder. No podemos considerar como normal, y pensamos que es perjudicial para el partido, que se prolongue una situación en la que la secretaría combina la política y la organización y, en realidad, decide por anticipado los rumbos políticos.*

Tras fuertes interrupciones añadió: *Lo que tengo que decir he de decirlo hasta el final. Porque se lo he dicho personalmente más de una vez al camarada Stalin, porque se lo he dicho más de una vez a un grupo*

de delegados del partido, es por lo que lo repito ahora en el congreso: he llegado a la conclusión de que el camarada Stalin no puede realizar la función de unir al órgano supremo bolchevique. Era la mañana del 21 de diciembre de 1925.

De allí saldrían rebajados Kámenev y Sokólnikov, aunque todavía no Zinoviev y Trotski. Los vencedores no fueron demasiado crueles entonces, pero esta moderación tuvo una contrapartida: la sumisión absoluta y la abstención de cualquier tipo de crítica o autojustificación, en beneficio del partido.

Del congreso salió Stalin sólidamente afianzado. Sin embargo, la minoría derrotada, con Zinoviev, seguía controlando Leningrado. Fue preciso, entonces, efectuar una limpieza, que se realizaría sin dificultades y sin ejercer demasiada presión sobre la base del partido. Después le tocaría el turno a la Konsomol (Liga de la Juventud Comunista Rusa), cuyos líderes hubieron de manifestarse leales a la línea de Moscú, extirpando veleidades trotskistas y oposicionistas.

Entre tanto, Bujarin se empleaba en la formulación teórica de la doctrina futura, la del socialismo en un solo país, y Trotski no ofrecía resistencia pública, negándose a recoger los restos de una oposición que, fácilmente, le hubiera seguido.

A mediados de abril de 1926, Trotski, preocupado por su salud, abandonó Moscú y buscó consejo médico en Berlín. Kámenev y Zinoviev lo vieron marchar desconcertados. Un mes más tarde, la oposición había ralentizado su dispersa actividad.

Hoy coincide la historiografía más reciente que en la formación del estalinismo tiene una trascendencia especial la profunda crisis económica y político-social que se produjo en la URSS en el momento culminante de la NEP. El período de reconstrucción de la economía soviética concluyó en el bienio 1926-1927, cuando el valor de la producción industrial y agrícola total alcanzó los niveles de preguerra.

Hacia la formación del estalinismo

Ello no quería decir que los problemas económicos hubiesen desaparecido. Había persistente escasez de los bienes de mayor necesidad y el desempleo seguía creciendo. Disminuidos al máximo los capitales provenientes del exterior, la URSS carecía del impulso preciso para llevar adelante la industrialización acelerada que había escogido.

La formación de capital para invertir en la industria se incrementaba mediante el recurso forzado a la población, en especial la campesina. Pero los impuestos y empréstitos que se arrancaron al campo no bastaron para hacer frente a las formidables necesidades de industrialización por parte del Estado. Las cosechas comenzaron a disminuir y el campesino retuvo una parte mayor de los excedentes.

Esa producción industrial resultaría, además, de costes elevados, que hay que sumar a los gastos adicionales ocasionados



Kámenev, su mujer (hermana de Trotski) y Trassin



por la persistente búsqueda de la autarquía, producto, a su vez, de la insegura posición de la URSS en política exterior. Otros costos venían a gravar las finanzas estatales: los muy elevados de la Administración o las fuertes sumas desembolsadas en subvencionar la revolución permanente... El Gobierno procuraba hacer frente a todos a través de nuevos aumentos impositivos y del recurso a la circulación fiduciaria. Pero el espacio exterior era preciso.

En 1926 se firmó el tratado comercial germano-soviético, que proporcionó a la URSS un crédito de 300 millones de marcos, además de otros más pequeños aportados por la banca privada de diversos países. Entre los miembros del partido, la polémica económica fue entonces muy seria.

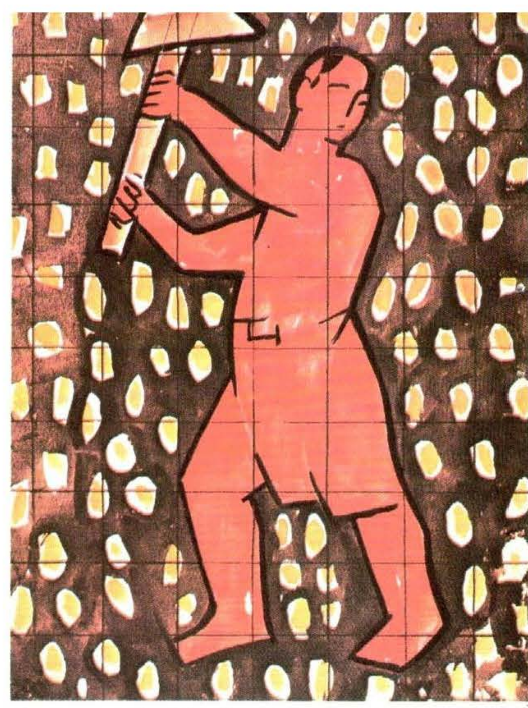
La oposición (partidaria de abandonar la vía autárquica y procurar la integración de la economía soviética en el marco de la división internacional del trabajo) tendía a descargar el peso principal sobre las capas acomodadas de la población, tanto urbana como rural, aliviando, en cambio, a los sectores más débiles.

La línea oficial, por el contrario, confiaba en que, con ayuda de las relaciones de mercado y de una serie de concesiones a los campesinos, fuese posible conseguir un rápido aumento de la producción agraria, que, en definitiva, permitiera afianzar la base social y política del régimen, asegurar el abastecimiento de las ciudades, de la industria y del Ejército y aumentar el ahorro campesino.

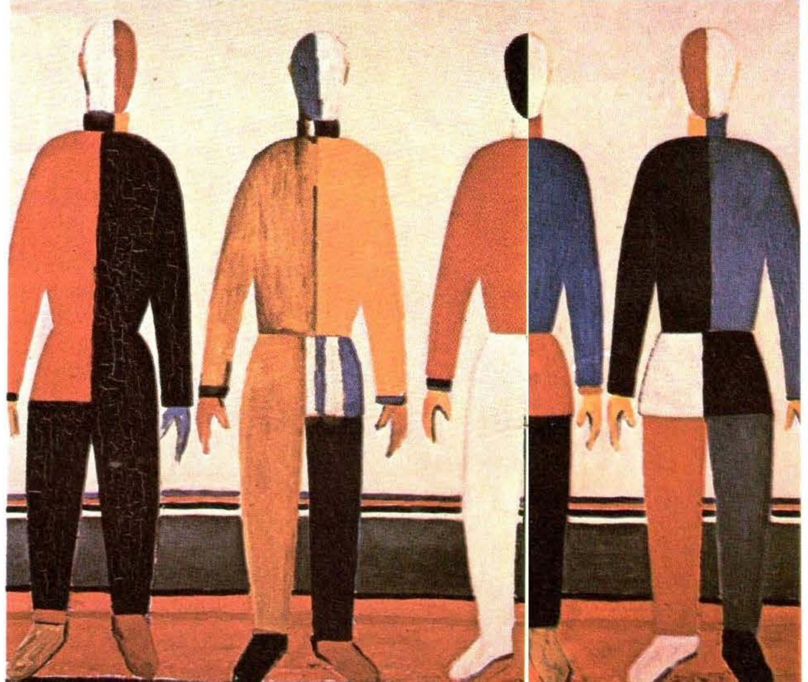
Dos buenas cosechas agrícolas (1924-1925 y 1925-1926) reforzaron el potencial económico del campo. Los campesinos reaccionaron ante la oferta industrial poniendo en el mercado mayor cantidad de excedentes. Con ello no quedó conjurado el peligro de una crisis, pero por el momento los hechos parecían dar la razón a la dirección del partido.

Mientras los restantes Estados europeos parecían sanar de sus dolencias, la situación en la URSS se hizo temible. El buró político, a principios de diciembre de 1926, aprobó una resolución por la que encargaba a la diplomacia soviética emprender una *política de colaboración* con los Estados capitalistas, procurando poner especial énfasis en los aspectos económico y financiero de los acuerdos que llegaron a suscribirse.

El pleno del Comité Central, en febrero de 1927, decidió ampliar de manera signifi-


Obrero con martillo, *1918 (diseño de un panel de David Stenberg)*


Madona de Petrogrado, *1918 (por Kuzna Petrov-Vodkin)*

Deportistas, *1929 (por Kasimir Malevitch)*


El primer eslogan, *1924 (por Nicolai Terpsikorov)*


cativa el capital de inversión, y pronto se recurrió al Ejército y la Marina, hasta entonces prácticamente desmantelados por no constituir objetivos prioritarios. Pero antes de que todo ello pudiera surtir efecto, la crisis se hizo imperiosa y exigió medidas drásticas. Nadie en la URSS la había previsto a un plazo tan corto.

En su aparición, el asunto de China había sido decisivo. Tratando de sustraerla al *sistema mundial del imperialismo*, Stalin y Bujarin se aferraron a ciegas a un apoyo sin condiciones al Kuomintang de Chiang Kaichek, que pronto se revelaría como eficaz represor de la izquierda en China. Cuando Moscú, irritado por esta actitud, rompió con el Kuomintang, Gran Bretaña, a su vez, disgustada por estas relaciones ya rotas, y llevada por sus propios intereses internos (embate conservador contra el laborismo), rompió relaciones diplomáticas con la URSS. Denunciado el tratado comercial, los intercambios prácticamente se suprimieron.

Era Inglaterra el más cercano e importante socio comercial de la Unión Soviética, y su actitud no dejó de influir sobre otros países, impidiendo el restablecimiento de relaciones normales con Francia, Yugoslavia o Checoslovaquia. Alemania, en cambio, asustada por la posibilidad de verse sometida a uno u otro de los medios en litigio, trató de limar asperezas. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Stresseman, se esforzó en demostrar que a nadie convenía una política de aislamiento de la URSS, capaz de sumirla en una crisis interna que la llevase al marasmo.

En el interior reinó entonces la confusión, aumentando las fuerzas de la oposición. Cundió el pánico ante la posibilidad de una nueva guerra, y se produjo una oleada sin precedentes de asaltos a las tiendas y acaparamiento de víveres, al tiempo que se reducían las entregas de excedentes agrarios. Se temía, otra vez, la intervención extranjera, quizá desde Polonia. Ucrania y Georgia, por su neta expansión del sentir nacional, también eran motivos de preocupaciones.

Ya no era sólo el campesinado o las capas medias urbanas, sino también la *intelligentsia*, ahora sometida a presiones mucho más fuertes. Ambos movimientos nacionalistas se hallaban en contacto con los servicios secretos extranjeros, especialmente británicos, y preparaban, al parecer, la lucha armada. No obstante, el Gobierno soviético sobrevaloró, al parecer, la capacidad de organización de estos movimientos.

El descontento y la decepción de las masas respecto de la política del Gobierno —escribe M. Reiman— *permanecía en el plano del resentimiento no articulado, de la hostilidad anónima, carente en la práctica de capacidad para organizarse y convertirse en una fuerza antigubernamental realmente amenazadora. Pero evidentemente, la dirección, bajo la presión de las circunstancias, había extraviado, junto a la aptitud para valorar con realismo el peligro real, también la visión clara de las medidas defensivas que era conveniente adoptar.*

Se propagó la demanda de aplicar *mano dura*. Incidentes terroristas de pequeño alcance, ocurridos en Varsovia, pusieron en manos de la GPU un poder omnímodo, invalidando las normas jurídicas de tiempos de paz. Fueron fusilados en Moscú veinte rehenes del zarismo, desencadenándose a continuación una oleada de detenciones, destierros y ejecuciones en buena parte del país. Era la vuelta a las prácticas represivas del comunismo de guerra, y en el extranjero llovieron las protestas.

La simpatía hacia la URSS que el arrogante gesto de Gran Bretaña había despertado quedó cortada de golpe. Muchos Gobiernos variaron radicalmente su disposición hacia aquélla. Y ello repercutió, naturalmente, en la dirección del Partido Comunista de la URSS. Stalin y sus seguidores se precipitaron a presentarse como partidarios de la línea dura.

Rikov, Tomski, Chicherin, Kalinin..., no compartían estos temores y se enfrentaron seriamente a los primeros. Especialmente Chicherin, comisario para Asuntos Exteriores, a su vuelta a Moscú de un viaje por el extranjero, a mediados de junio de 1927, se dirigió contra Stalin y Bujarin, a quienes acusó de no haber sabido discernir que el peligro exterior no era la propia guerra, sino el bloqueo económico y los manejos británicos en Georgia y Ucrania. La GPU, con sus desmanes, había acabado de predisponer en contra a muchos occidentales. Era preciso, concluyó, decidir qué se prefería: si ejecuciones o ayuda exterior.

Stalin se vio obligado a retroceder. A finales de junio, el buró político y, tras él, el consejo de comisarios del pueblo, aceptaron con algunas modificaciones las propuestas de Chicherin para reducir las tensiones internas. La diplomacia soviética vio reforza-

do el encargo de hacer convincente aquella proclamada *política de colaboración*. Pero la crisis en el interior, no obstante haber superado este escollo, subsistió: la oposición unificada de izquierda, de manera especialmente activa y tenaz, se había adentrado por los terrenos de la lucha política.

Desde la muerte de Lenin, la oposición crecía a medida que el poder se concentraba en manos de unos pocos, y después de uno solo. En la primavera de 1926, la alianza entre trotskistas y zinovievistas se reforzó con la participación de los centristas-democráticos de Saprónov.

La crisis

En octubre se manifestó un grave retroceso en el abastecimiento del grano. Durante mucho tiempo, el partido sostuvo oficialmente que ello se debía a la *huelga de los kulaks*, en un esfuerzo desesperado por elevar los precios del grano como forma de socavar el poder soviético.

Es mucho más verosímil que se tratase de una serie de factores económicos combinados (atraso de la explotación cerealista, crecimiento de la población, falsa política de precios, escaso suministro de productos industriales al campo, etcétera). Y tampoco es posible ocultar factores políticos: al sobrevalorar constantemente la producción agraria total (y de ello no puede excluirse a la oposición, sino todo lo contrario), los puntos referenciales se hallaban distorsionados. Además, la política fiscal aplicada no podía estimular la venta de grano. A todo ello, como factor general, había que añadir la constante pérdida de valor adquisitivo de la moneda.

El volumen de importaciones de maquinaria industrial, compradas hasta entonces con grano, se redujo considerablemente. Ni siquiera quedaban reservas para el consumo interno. El aumento del pasivo de la balanza comercial obligó a reducir drásticamente las importaciones, so pena de que se volatilizaran las escasas divisas con que contaba la URSS. Muchas necesidades de producción de la industria ligera quedaron sin cubrir, y el desorden financiero no tardó en llegar.

Había que conseguir el aprovisionamiento de trigo al precio que fuese. El propio Stalin viajó a Siberia para supervisar la labor de los funcionarios locales. En todo el país se adoptaron medidas de excepción para hacer frente al problema: los órganos del partido y la GPU gozaron de plenos poderes para proceder a la requisa, se formaron *troikas* especiales y miles de activistas fueron enviados al campo.

De nuevo se reforzó la presión fiscal, para que los campesinos no tuvieran sino un mínimo de dinero líquido. Por fin, Stalin, junto con los moderados, estimaron que los problemas surgidos no podían solucionarse en el marco de las relaciones económicas establecidas. La *colectivización*, como medida inmediata de eliminación de los *kulaks* para la obtención del grano, se intensificó.

Flotaba en la atmósfera la sensación de que la catástrofe era inminente. Más que el hundimiento económico, la dirección del PC (b) de la URSS temía las consecuencias políticas. Incluso llegó a achacarse la crisis económica a la actividad de la oposición, mientras se proclamaba la defensa de la dictadura del proletariado por cualquier medio. La GPU fue dotada de nuevos poderes para la vigilancia de la vida económica y la actividad de las organizaciones del partido.

Como resultado de todo ello, la crisis económica planeó sobre la esfera de lo social, y el campo resultó la víctima preferente de estas medidas coactivo-administrativas. Los más pobres, privados hasta de los últimos granos de trigo, sufrieron en ocasiones la confiscación de excedentes. Las zonas de mayor producción (Ucrania, el norte del Cáucaso, el sur de Rusia y Siberia) fueron las más afectadas, en tanto que los distritos consumidores, dedicados a cultivos especializados, salieron mejor parados, en principio, aunque pronto fueron excluidos de la red de distribución y obligados a subvenir a sus necesidades con sus propios medios.

Bujarin, de manera involuntaria, desvelaría una dimensión trágica de la campaña. En abril reveló que se había fusilado por exceso de celo a unos cuantos *recolectores de grano*. A pesar de todo, en el verano se descubrió con pesar que no había en el campo grano suficiente para hacer frente a la situación: la URSS hubo de adquirirlo en el extranjero.

Tensiones sociales

Ante la difícil crisis económica y social, con privaciones inauditas para amplias ca-

pas de la población, Stalin se decidió por una solución que prescindía del factor humano. Para salvar la situación con un salto adelante, afrontaría cualquier resistencia social.

Como ello no podía evidenciarse sinceramente, se eligió el camino del silencio y la ocultación de la situación real de la sociedad. Incidir en ésta se convirtió en un acto contra el partido, digno de las máximas condenas. Se llegaba sin paliativos a lo que, de manera inapropiada, se denominaría *culto a la personalidad,* un sistema de juicios o decisiones individuales o restringidas indiscutibles, y voluntariamente arbitrarias.

Conforme avanzaba 1928, la relación de fuerzas en el país cambiaba cada vez más en favor de Stalin, pero en el buró político la situación seguía siendo compleja. Poco quedaba, no obstante, para el desenlace.

La primera preocupación era deshacerse de los moderados; sin embargo, los primeros golpes irían hacia la oposición de izquierdas, que parecía levantar cabeza al socaire de la crisis. Las fábricas recibían octavillas, cartas, notas y artículos de Trotski desde su exilio en Alma-Ata, y hasta en el aniversario del Octubre rojo trataron de salir a la calle.

En carta reservada, Stalin instruyó a la organización del partido: todo *liberalismo* hacia la oposición era inadmisible, y los trotskistas se habían convertido en una organización clandestina antisoviética. La GPU recibió instrucciones de intensificar las represalias contra los oposicionistas, detenerles y enviarles al destierro.

Más poderosos eran, no obstante, los moderados. Y Stalin lo sabía. Cuanto más pedía la intensificación de medidas administrativas de cara a la producción, más se oponían los moderados. En el congreso sindical de diciembre de 1928 se produjo la colisión, y Tomski hubo de presentar su dimisión como primer dirigente sindical.

Para el quinto aniversario de la muerte de Lenin, Bujarin debía pronunciar, el 21 de enero de 1929, el discurso oficial. Afirmó que no había que tener miedo a reconocer que la estabilización del capitalismo en los Estados industriales se adivinaba como de larga duración. La URSS sólo podría superarlo a través de unas relaciones bien organizadas con el campesinado, la industrialización no podía basarse en un despilfarro insensato de reservas, en la emisión de billetes de banco sin valor alguno y en una sobreimposición al campo. El único camino correcto era una mejora cualitativa del trabajo nacional y una lucha arriesgada contra los gastos improductivos. Daba la impresión de que con ello había comenzado un ataque a fondo contra Stalin, pero en el mismo momento los moderados recibieron el golpe definitivo.

El buró político había discutido el caso de Trotski, a petición de Stalin, en diciembre de 1928. Recibió el *ultimátum;* o bien cesaba en sus actividades *contrarrevolucionarias,* o debería resignarse a un total aislamiento de la vida política del país. Cuando Trotski lo rechazó terminantemente, las resistencias del buró político se quebraron, y Stalin hubo de aceptar que se había excedido en la imposición fiscal a los campesinos. Se decidió proceder a la desgravación, en el caso de que mejorasen sus explotaciones o aumentasen las superficies cultivadas.

En tanto se adoptaban estas medidas (y en parte correspondía a la oposición de izquierdas esta actuación), se dieron a la luz las notas, hasta entonces privadas, de la entrevista mantenida durante el pleno de julio anterior entre Bujarin y Kámenev, tratando de oponerse a Stalin. Se utilizaron como pruebas evidentes de *fraccionalismo* dentro del partido. Era un asunto turbio, que únicamente beneficiaba a Stalin.

La posición de los moderados fue calificada, a partir de aquí, como *desviacionismo de derechas,* y la mayor parte de ellos no siguieron en sus cargos. De la confrontación, Stalin salió con una línea política propia —que antes no tenía— y un predominio estable en la dirección del partido. Los acontecimientos que se sucedieron a principios de este año de 1929 determinaron en buena parte la trayectoria posterior de la URSS.

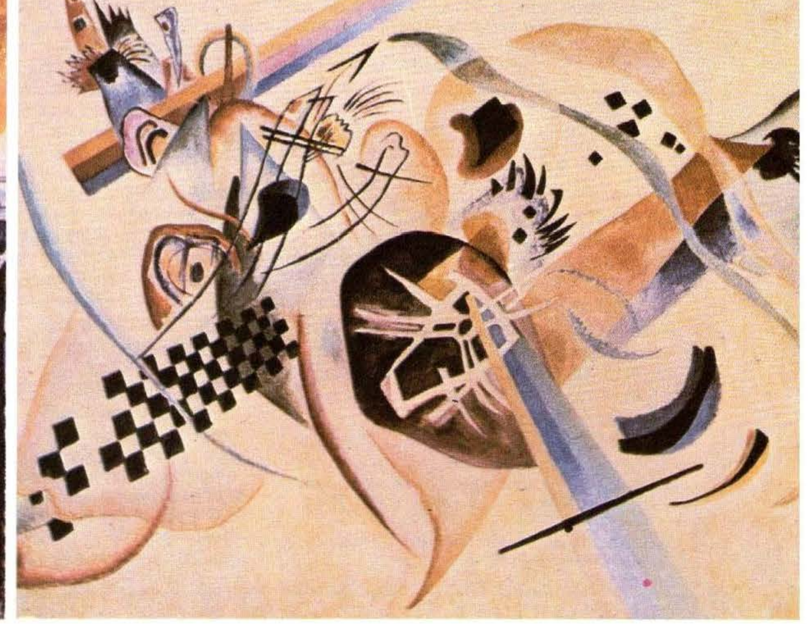
Bibliografía

H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo,* Madrid, 1974. Ch. Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS,* Madrid, 1976-78, 2 vols. P. Broué, *El partido bolchevique,* Madrid, 1973. *Los procesos de Moscú,* Barcelona, 1969. E. H. Carr, *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929),* Madrid, 1982. *1917. Antes y después,* Barcelona, 1969. *Historia de la Rusia Soviética: La revolución bolchevique (1917-1923),* Madrid, 3 vols., 1972-73; *El Interregno (1923-24),* Madrid, 1974; *El socialismo en un solo país (1924-26),* Madrid, 4 vols., 1974-76; *Bases de una economía planificada (1926-29),* Madrid, 2 vols., 1981 (este último en colaboración con R. W. Davies). H. Carrère D'Encausse, *El expansionismo soviético,* Buenos Aires, 1982. S. F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique. Biografía política, 1888-1938,* Madrid, 1976. R. Conquest, *El gran terror,* Barcelona, 1974. I. Deutscher, *Stalin, una biografía política,* Barcelona, 1967; *El profeta desarmado,* México, 1968. M. Dobb, *El desarrollo de la economía soviética desde 1917,* Madrid, 1972. J. Elleinstein, *El fenómeno estaliniano,* Barcelona, 1977. R. A. Medvedev, *Que juzgue la historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo,* Barcelona, 1977. M. Reiman, *El nacimiento del estalinismo,* Barcelona, 1982. Trotski, Bujarin, Zinoviev, Stalin, *El gran debate,* Madrid, 2 vols., 1975. Trotski, Rakovski, Joffe, *La oposición de izquierda en la URSS,* Barcelona, 1977.

Diseño de una decoración festiva en una calle de Moscú (por Ivan Alexeyev y Olga Alexeyeva)



Un cuadro de V. Kandinsky titulado Fondo blanco, *1920*



CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

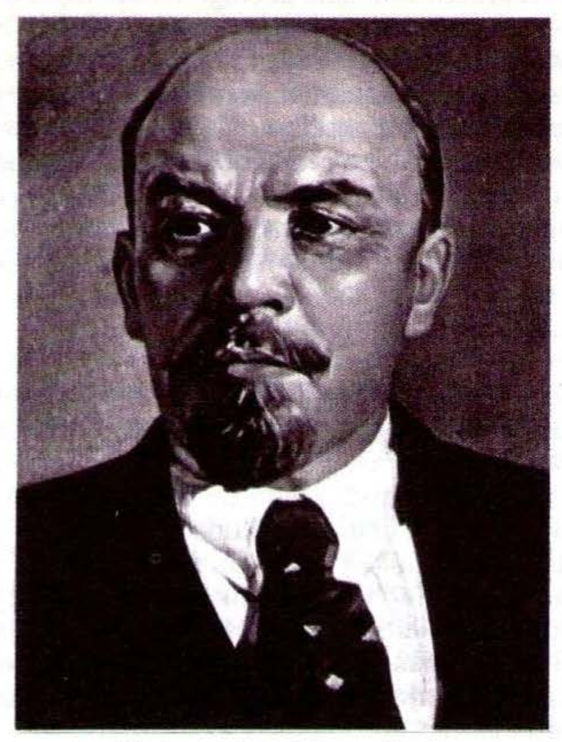
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 13

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Vladimir Illitch Ulianov, Lenin

De Lenin a Stalin

Textos

Selección realizada por
Joan Estruch Tobella

CUADERNOS historia 16

Rosa Luxenburg critica al régimen bolchevique

LA práctica socialista exige una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesa. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia, idealismo capaz de pasar por encima de cualquier sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe con más eficacia, lo repite con más obstinación que Lenin. Sólo que él se engaña completamente sobre los medios. Decretos, poderes dictatoriales de los inspectores de fábrica, penas draconianas, reinado del terror, son todos paliativos. El único camino que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública, de la más ilimitada y amplia democracia, de la opinión pública.

Si todo esto desaparece, ¿qué queda? En lugar de los cuerpos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotski han instalado los soviets como única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con el sofocamiento de la vida política en todo el país la misma vida de los soviets no podrá escapar a una parálisis cada vez más extendida. Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, libre lucha de opinión y en toda institución pública, la vida se extingue, se torna aparente y lo único activo que queda es la burocracia. La vida pública se adormece poco a poco, algunas docenas de jefes del partido, de inagotable energía y animados por un idealismo ilimitado, dirigen y gobiernan; entre éstos la guía efectiva está en manos de una docena de inteligencias superiores; y una élite de obreros es convocada de tiempo en tiempo para aplaudir los discursos de los jefes, votar unánimemente resoluciones prefabricadas: es, en el fondo, el predominio de una pandilla. Una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, vale decir, la dictadura en sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino. *(ROSA LUXENBURG, «Crítica de la revolución rusa», Buenos Aires, 1969, págs. 122-123.)*

Lenin y la burocratización del Estado soviético

NUESTRO aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de luchar contra sus deficiencias, recordando que las raíces de éstas se hallan en el pasado, el cual, a pesar de haber sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de una cultura perteneciente a tiempos remotos. [...]

Para renovar nuestro aparato estatal tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, estudiar; segundo, estudiar; tercero, estudiar y después comprobar que la ciencia no queda reducida a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros), que la ciencia se convierta efectivamente en carne y sangre nuestra, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. En una palabra, no tenemos que plantearnos las exigencias que se plantea la Europa Occidental burguesa, sino aquellas que son dignas y convenientes para un país que se propone desarrollarse para ser un país socialista. *(LENIN, «Más vale poco y bueno», en «Obras escogidas», III, Moscú, s. a., págs. 795-797.)*

El «testamento» de Lenin

EL camarada Stalin, una vez ascendido a secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según demuestra su lucha contra el comité central con motivo del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunica-

ción, no se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual comité central, pero está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados jefes del comité central actual pueden llevar sin quererlo a la escisión, y si nuestro partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede venir sin que nadie lo espere.

25 de diciembre de 1922.



Caricatura de Lenin

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro ambiente y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etcétera. Esta circunstancia puede parecer una fútil pequeñez, pero yo creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y desde el punto de vista de lo que he escrito antes acerca de las relaciones entre Stalin y Trotski, no es una pequeñez, o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

4 de enero de 1923.

(LENIN, «Carta al Congreso», en «Obras escogidas», III, págs. 758-759.)

El culto a Lenin

Yo
me limpio con la luz de Lenin,
para seguir con la revolución adelante.
Le tengo miedo a estas mil estrofas,
como un chiquillo,
temo lo falso.
Temo que las aureolas oculten,
la auténtica,
sabia,
humana,
la enorme frente de Lenin,
Temo que las procesiones,
el mausoleo,
y los homenajes,
reemplacen la sencillez de Lenin.
Tiemblo por él,
como por mis propias pupilas,
para que no profanen su belleza
con estampas de confitería.

(MAIAKOVSKI, «Vladimir Ilich Lenin», en «Antología poética», trad. de Lila Guerrero, Buenos Aires, 1973, pág. 136.)

Stalin, líder de la burocracia

EN 1923 comenzó a estabilizarse la situación. La guerra civil y la sostenida contra Polonia, eran ya cosas del pasado. Se habían vencido las más horribles consecuencias del hambre: la NEP había dado impulso a un resurgir vivificador de la economía nacional. El constante traslado de comunistas de un puesto a otro, de una esfera

de actividad a otra, pasó pronto a ser excepción en vez de regla. Los comunistas empezaron a cubrir puestos permanentes, empleos que consideraban suyos y conducían a otros más destacados a dominar en forma planificada las regiones o distritos de actividad económica y política confiados a su discreción administrativa. Rápidamente iban convirtiéndose en funcionarios, en burócratas conforme la colocación de miembros y activistas del partido adquiría un carácter más sistemático y transitorio y casi fortuito.

Entonces fue cuando Stalin comenzó a sobresalir con creciente prominencia como organizador, dispensador de credenciales, tareas y empleos, preparador y monitor de la burocracia. Elegía a sus hombres de acuerdo con la hostilidad o indiferencia de éstos hacia sus adversarios, y particularmente, hacia quien en su concepto era el principal de todos ellos, el obstáculo capital de su ascensión a la cumbre. Stalin generalizó y clasificó su propia experiencia administrativa, en primer término la experiencia de intrigar de continuo tras la cortina, y la puso al alcance de los más íntimos asociados a él. Les enseñó a organizar sus máquinas políticas locales por el patrón de la suya propia; cómo reclutar colaboradores, cómo utilizar sus flaquezas, cómo enfrentar a unos camaradas con otros. *(TROTSKI, «Stalin», Barcelona, 1963, págs. 478-479.)*

La polémica sobre el socialismo en un solo país

¿QUE significa la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país? Significa la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y el campesinado con las fuerzas internas de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa en nuestro país, contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe la revolución proletaria en otros países.

Sin esta posibilidad, la edificación del socialismo es una edificación sin perspectivas, una edificación que se realiza sin la seguridad de llevarla a cabo. No se puede edificar el socialismo sin tener la seguridad de que es posible dar cima a la obra, sin tener la seguridad de que el atraso técnico de nuestro país no es un obstáculo insuperable para la edificación de la sociedad socialista completa. Negar esta posibilidad es no tener fe en la edificación del socialismo, es apartarse del leninismo.

¿Qué significa la imposibilidad del triunfo completo y definitivo del socialismo en un solo país sin el triunfo de la revolución en otros países?

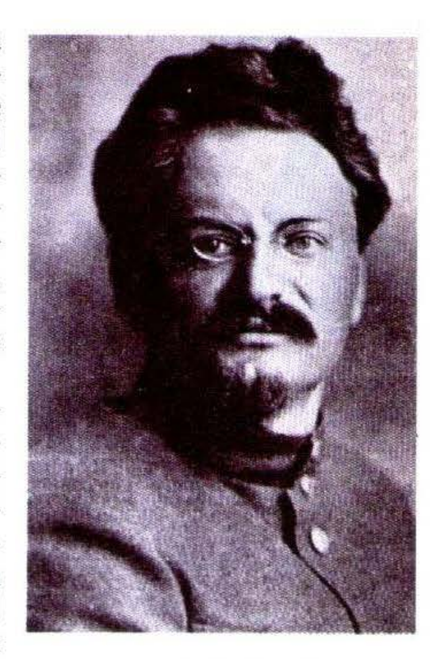
Significa la imposibilidad de tener una garantía completa contra la intervención y por consiguiente, contra la restauración del régimen burgués, si la revolución no triunfa, por lo menos, en varios países. Negar esta tesis indiscutible es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo. *(STALIN, «Cuestiones del leninismo» (1926), «El gran debate», II, Madrid, 1975, págs. 117-118.)*

Formación del triunvirato

FUE entonces cuando se creó, dentro del Politburó, un triunvirato formado por Stalin, Zinóviev y Kámenev. Lo que hizo posible la solidaridad de los tres hombres fue su determinación de impedir el acceso de Trotski a la dirección del partido. Separadamente, ninguno de los tres tenía la talla de Trotski. Unidos, representaban una poderosa combinación de talento e influencia. Zinóviev era el político, el orador, el demagogo con atractivo popular. Kámenev era el estratega

del grupo, su sólido cerebro, adiestrado en las cuestiones de doctrina que habrían de desempeñar un papel capital en la contienda por el poder. Stalin era el táctico del triunvirato y su fuerza organizadora. Entre los tres controlaban virtualmente todo el partido y, a través de éste, el gobierno. Kámenev había actuado como delegado de Lenin y había presidido el soviet de Moscú. Zinóviev era el presidente del soviet de Petrogrado, que dentro de poco sería rebautizado como Leningrado. Stalin controlaba la mayor parte de las provincias. Zinóviev era, además, presidente de la Internacional Comunista, cuya autoridad moral en Rusia era entonces lo bastante grande como para que cualquier aspirante se esforzara por obtener su apoyo.

Por último, los tres hombres representaban, por decirlo así, la tradición del partido. Su asociación ininterrumpida con el bolchevismo databa de la escisión de 1903, y tenían derecho de antigüedad en la dirección. De los demás miembros del Politburó, aparte de Trotski, Bujarin era considerablemente más joven, y Tomski, el jefe de los sindicatos, era un miembro reciente. La antigüedad conllevaba la aureola de un pasado heroico, caracterizado por la devoción inquebrantable al bolcheviquismo. Los tres hombres se negaban ahora a seguir al «ex menchevique» Trotski, quien, después de una asociación de sólo cinco años con el partido, había llegado a ser considerado generalmente como el sucesor de Lenin. Esta motivación, la única que hizo posible su solidaridad, los impulsó a obrar de común acuerdo. Dado que los demás miembros del Politburó iban cada cual por su camino, los triunviros disponían automáticamente de una mayoría. Sus resoluciones y propuestas, sobre las cuales por lo general se ponían de acuerdo antes de cada sesión del Politburó, triunfaban invariablemente. *(ISAAC DEUTSCHER, «Stalin», México, 1966, págs. 242-243.)*



León Trotski

La XIII Conferencia del Partido Comunista Ruso (1924) condena el grupo de oposición encabezado por Trotski

LA «oposición», presidida por el camarada Trotski, ha lanzado por consigna la destrucción del aparato del partido, tratando de trasladar del Estado al partido el centro de gravedad de la lucha contra el burocratismo. Una crítica superficial al respecto y la tentativa de desacreditar el aparato del partido pueden tener por resultado, objetivamente, que el Estado se sustraiga a la influencia del partido y que los órganos del Estado se desvinculen de nosotros. La tendencia a sustraer los órganos del Estado, de la influencia del partido ya se había manifestado en el camarada Trotski desde antes del X Congreso. En la discusión actual, esta tendencia sólo ha revestido otra forma.

La «oposición» ha intentado yuxtaponer la joven generación a los cuadros fundamentales del partido y al comité central. En lugar de esclarecer a la juventud respecto del deber que tiene el partido de orientarse según su núcleo fundamental, proletario —los obreros comunistas trabajando en su taller—, la «oposición», conducida por el camarada Trotski, ha tratado de probar que el «barómetro del partido» es, al parecer, la juventud de las escuelas.

A fin de disminuir la autoridad del comité central, único representante del conjunto del partido en el intervalo de los congresos, el camarada Trotski ha hecho ambiguas alusiones a una degeneración de los cuadros principales de nuestro partido. El camarada Trotski no se ha limitado a colocarse en un plano de oposición con todos los miembros del comité central; además ha proferido acusaciones que han arrojado la confusión en amplios círculos de la clase obrera y que han obligado al partido íntegro a elevar una vehemente protesta. [...]

La «oposición», en todos sus matices, ha interpretado la disciplina del partido de una manera absolutamente contraria a los puntos de vista bolcheviques. La acción de un gran número de los representantes de

la «oposición» constituye una inaudita infracción a la disciplina del partido y nos recuerda los tiempos en que el camarada Lenin se veía obligado a combatir el «anarquismo de los intelectuales» en las cuestiones de organización y a defender las bases elementales de la disciplina proletaria dentro del partido.

La «oposición» ha contravenido la decisión del X Congreso, que prohíbe las fracciones dentro del partido. Ha reemplazado la concepción bolchevique, que considera el partido como un *todo* orgánico, por otra concepción, que hace del partido un conjunto de tendencias y fracciones. Estas tendencias, fracciones y grupos deberían gozar, según las «nuevas» opiniones de la «oposición», de derechos iguales dentro del partido, mientras que el comité central dejaría de asumir la dirección para no desempeñar ya más que un papel de aparato registrador y de intermediario entre las tendencias y los grupos. Semejante concepción de la estructura del partido no tiene nada en común con el leninismo. La actividad fraccionista de la «oposición» ha hecho renacer las esperanzas de todos los enemigos del partido y de la burguesía europea en una escisión del Partido Comunista Ruso. Las acciones fraccionistas han obligado al partido a preguntarse nuevamente, con tajante precisión, si puede admitir en su condición de partido dirigente la formación de grupos fraccionistas en su seno.

Redactando el balance de todas estas divergencias tras analizar el verdadero carácter de la «oposición», la Conferencia del partido llega a la conclusión de que la «oposición» actual, en la forma con que se presenta, nos pone frente no sólo a una tentativa de revisión del bolchevismo y de una desviación directa del leninismo, sino además a una desviación pequeñoburguesa en el cabal sentido de la palabra. No es de dudar que la «oposición» refleja objetivamente la presión ejercida por la pequeña burguesía sobre las posiciones y la política del partido proletario. Ya fuera del partido se comienza a dar una interpretación más amplia a los principios de la democracia dentro del partido, en el sentido de un debilitamiento de la dictadura proletaria y de una ampliación de los derechos políticos de la nueva burguesía. *(Reproducido en «V Congreso de la Internacional Comunista», segunda parte, Buenos Aires, 1975, págs. 162-164.)*

Trotski acata la resolución que le condena

CAMARADAS, aquí se ha hecho una invitación a todos los que se hayan equivocado para que confiesen su error. Nada es más sencillo, moral y políticamente, que confesar uno u otro error ante el propio partido. Creo que para eso no se precisa un gran heroísmo moral.

Camaradas, ninguno de nosotros quiere tener razón, ni puede tener razón, contra su partido. El partido es, en última instancia, quien siempre tiene razón, porque el partido es el único instrumento histórico de que dispone el proletariado para el cumplimiento de sus tareas fundamentales. Ya he dicho que nada hay más fácil que decir ante el partido: «Todas estas críticas, todas estas declaraciones, advertencias y protestas no fueron más un craso error.» Pero, camaradas, yo no puedo decir esto, porque pienso que no es así. Yo sé que uno no puede tener razón contra el partido. Uno puede tener razón sólo con el partido y por el partido, puesto que la historia no ha creado otros caminos para llegar por ellos a la realización de lo que es justo. Los ingleses tienen un proverbio histórico: «Mi país siempre, con razón o sin ella.» Con un derecho histórico mucho mayor, nosotros podemos decir: «Tenga razón o no en cuestiones personales concretas, es mi partido.»

No sólo los miembros individuales del partido, sino el propio partido puede cometer errores, como lo fueron las resoluciones de la úl-

tima Conferencia, las cuales considero, en ciertas partes, incorrectas e injustas. Pero el partido no puede tomar decisiones, por muy incorrectas e injustas que sean, que puedan remover en lo más mínimo nuestra ilimitada devoción a la causa del partido, la voluntad de todos nosotros de llevar sobre las espaldas la disciplina del partido en cualquier circunstancia. Y si el partido toma una decisión que alguno de nosotros puede pensar que es injusta, diremos: «Será justa o injusta, pero éste es mi partido y sufriremos hasta el fin las consecuencias de su decisión.» *(Cit. por E. H. CARR, «El interregno (1923-1924)», Madrid, 1977, págs. 359-360.)*

El XV Congreso del Partido Comunista Ruso (1927), manifestación del total triunfo de Stalin sobre sus rivales

EL congreso reconoció que «la oposición ha roto ideológicamente con el leninismo, ha degenerado en un grupo menchevique, ha abrazado la senda de la capitulación ante las fuerzas de la burguesía internacional e interior y se ha convertido, objetivamente, en un arma de la tercera fuerza contra el régimen de la dictadura proletaria». El congreso comprobó que las discrepancias existentes entre el partido y la oposición se habían agravado, convirtiéndose en divergencias de carácter programático, y que la oposición trotskista marchaba por la senda de la lucha antisoviética. Por eso, el XV Congreso declaró que el pertenecer a la oposición trotskista y el propagar sus ideas era incompatible con la permanencia dentro de las filas del partido bolchevique.

El congreso refrendó el acuerdo de expulsión del partido de Trotski y Zinóviev, tomado en la reunión conjunta del comité central y de la comisión central de control, y acordó la expulsión de todos los elementos activos del bloque trotskista-zinovievista, tales como Radek, Preobazchenski, Rakovski, Piatakov, Serebriakov, Smilga y de todo el grupo de los «centralistas democráticos» (Sapronov, V. Smirnov, Boguslavski, Drobnis y otros).

Los secuaces del bloque trotskista-zinovievista, derrotados ideológicamente y deshechos en el terreno de la organización, perdieron los últimos vestigios de su influencia en el pueblo.

Al cabo de algún tiempo después del XV Congreso, los antileninistas, expulsados del partido, comenzaron a formular declaraciones de ruptura con el trotskismo, implorando su readmisión. Naturalmente, el partido no podía saber aún, por aquel entonces, que Trotski, Rakovski, Radek, Frestinski, Sokolnikov y otros eran, ya hacía mucho tiempo, enemigos del pueblo y espías enrolados en los servicios de espionaje extranjeros; que Kamenev, Zinoviev, Piatakov y otros mantenían ya contacto con los enemigos de la URSS en los países capitalistas para «colaborar» con ellos contra el pueblo soviético. Pero estaba lo bastante aleccionado por la experiencia para esperar todas las villanías imaginables de estos individuos, que se habían levantado repetidas veces contra Lenin y el partido leninista en los momentos difíciles. Por eso, el partido recibió con desconfianza las declaraciones de los expulsados, y como prueba de la sinceridad de los firmantes de aquellas declaraciones, sometió su readmisión a las siguientes condiciones:

a) Condena abierta del trotskismo, como ideología antibolchevique y antisoviética.

b) Reconocimiento abierto de la política del partido, como la única política acertada.

c) Sumisión incondicional a los acuerdos del partido y de sus órganos.

d) Fijación de un plazo de prueba, durante el cual el partido observaría la conducta de los firmantes de las declaraciones y a cuyo término, en vista de los resultados de la prueba, examinaría la convenien-

José Stalin



cia de readmitir o no a cada uno de los individuos expulsados, por separado. *(«Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS», 1938, II, Madrid, 1975, págs. 154-156.)*

Valoración del «gran salto adelante»

SE le ha dado el nombre de gran salto adelante. A un precio terrible en vidas humanas, la sociedad soviética entró al cabo de unos pocos años, 1928-1934, en la era industrial. Para algunos, éste es el crimen más grande de la historia moderna. Para otros, se trata de una hazaña grandiosa de ingeniería social, implacable en su concepción y cruel en su efecto sobre millones de seres humanos, pero, de todos modos, creó los cimientos de una economía más próspera y racional, y permitió a Rusia resistir una invasión extranjera y convertirse en superpotencia. Sin embargo, al tratar de describirla no hay suficientes metáforas y superlativos. ¿Fue un nuevo y particularmente temible tipo de guerra civil? En vano se buscan analogías históricas. El arquitecto principal de la transformación ha sido comparado por sus detractores con Gengis Kan y con Tamerlán, pero ni siquiera esta comparación es precisa. Cuando los mongoles conquistaron Rusia en el siglo XIII, mataron a quienes les ofrecieron resistencia y arrasaron las grandes ciudades, pero a los que se sometieron les exigieron un tributo y les permitieron seguir viviendo a su modo, sin meterse con sus instituciones ni su fe. En el siglo XX, los conquistadores fueron la mayoría de los habitantes de la nación, el grueso del campesinado. A los pocos años, se vieron obligados a cambiar toda su modalidad de vida, a olvidar sus costumbres y derechos inmemoriales. No fue una guerra civil. Fue, como ha dicho con razón un poeta soviético, una guerra contra la nación emprendida por Stalin al frente del Partido Comunista de la URSS, y de esta guerra él salió victorioso. *(ADAM B. ULAM, «Stalin. El hombre y la época», I, Barcelona, 1973, págs. 341-342.)*

Diferencias entre Lenin y Stalin

SIN ninguna duda pueden bosquejarse algunas diferencias, de acento en cualquier caso, entre el empirismo de Lenin y el empirismo de Stalin. «El socialismo proletario —escribe Stalin en este tiempo— se construye no sobre una actitud de signo sentimental, ni sobre una "justicia" abstracta, ni sobre el amor por el proletariado, sino sobre principios científicos». Stalin en su madurez se habría expresado más cautelosamente. Pero queda la impresión de que la sequedad de Lenin escondía un cierto grado de humanidad, quizá de sincero «amor por el proletariado», que no encontramos en la mentalidad de su discípulo más despiadado. Los primeros escritos de Lenin se caracterizan por un intenso tono utópico, del que Lenin se desprendió lentamente y de mala gana a medida que se fue poniendo en contacto con las duras realidades y las responsabilidades impuestas por el ejercicio del poder. En *El Estado y la Revolución,* escrito en las vísperas de octubre de 1917, Lenin denunciaba enérgicamente a quienes consideraban el Estado como un mal necesario y a quienes trataban de difuminar la doctrina marxista de la extinción gradual del Estado como una condición del orden comunista. Incluso cuando esa desaparición se relegó al futuro más remoto, Lenin continuó insistiendo en la necesidad de «democracia directa», de gobierno desde abajo, de que el ciudadano común aprendiera a administrar y controlar por sí mismo, como antídoto contra la burocracia estatal. De tal visión, pese a lo irreal que demostró ser, hay pocos o ningún rasgo en los discursos y los escritos de Stalin. *(E. H. CARR, «Estudios sobre la revolución», Madrid, 1970, págs. 202-203.)*